

Arturo Reyes Fragoso

18

FALDA CON CHARRETERAS

APROXIMACIONES AL ESCULTISMO MEXICANO EN FEMENINO



FALDA CON CHARRETERAS

Arturo Reyes Fragoso

Falda con charreteras

Aproximaciones al escultismo
mexicano en femenino



Primera edición digital: 2024

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Frago

Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna

Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,

C.P. 06700, Ciudad de México

Tel. (+52) 55 5208 7122

www.scouts.org.mx

oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidenta Nacional

Leticia González Puente

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada: Carlos Rodríguez Millares

Ilustración de portada: Luis Alfonso Herrera Aguilar

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno.

Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Llamada de reunión

A ver si logro explicarme: no considero tener autoridad alguna para hablar de la integración, desarrollo y percepción de las unidades femeninas dentro del escultismo mexicano. Poco me ayuda al respecto mi historial de vida, como menor de tres hijos criados dentro de un férreo matriarcado, que cursara sus estudios de primaria a preparatoria en escuelas exclusivas para varones (pasé de noche por el kínder y preprimaria mixtos, en materia de convivencia), y que tuviera que indagar sobre “los misterios de la vida” en ámbitos ajenos al familiar. Algo menciono al respecto en las páginas subsecuentes, para regocijo de sus posibles lectores.

Sin embargo, el destino me permitió atestiguar durante mi adolescencia la irrupción de muchachas con falda y camisola, dispuestas a hacer lo mismo que nosotros con gran entusiasmo —para desconcertante asombro de toda mi generación— y, posteriormente, hasta me llevó a tener a cargo la tropa femenina de mi grupo durante algunos meses y no pocas actividades, con la aprobación del Consejo de Grupo, experiencia por demás inverosímil de la que salí bien librado, si consideramos el aprecio generado hacia mi persona por las muchachas a mi cargo y la scouter que subsanara tal ilegalidad reglamentaria, por demás escandalosa, con quienes mantengo contacto a la fecha (gracias Mónica, Tonatzin, Hilda y Myrna Corona, y las otras tres hermanas Vélez: Ligia, Sarita y Laurita).

Además, resulta que soy la persona que más ha abordado el tema públicamente por escrito, como puede apreciarse en la presente compilación cuyos contenidos aparecieron originalmente en diversas publicaciones desde finales de los años ochenta del siglo pasado, incluidas las de la propia Asociación de Scouts de México.

Si algún mérito puede otorgarme la condescendencia del lector, es mi perseverancia aquí manifestada por igual en narraciones de ficción como en viñetas y semblanzas, sumadas a varias anécdotas saqueadas de mi memoria. Mención aparte merece lo extraído de uno de los libros que más me enorgullece haber coordinado, con los testimonios de las scouts que prestaron servicio para auxiliar a las víctimas de las explosiones del sector Reforma de la ciudad de Guadalajara, durante la mañana del 22 de abril de 1992, continuación de otra obra de similar tesitura que reunió una muestra testimonial de quienes prestamos servicio siete años antes, durante los terremotos que devastaron la ciudad de México.

Un último aspecto a exponer: aquí reúno textos concebidos a lo largo de más de tres décadas, desde una época donde considerábamos “normales” cosas que ya no lo son, e igual nunca lo fueron—baste mencionar el “cabús” que, no en pocos casos, solía dársele a alguien al obtener un adelanto dentro de los scouts, celebración que hoy propiciaría una denuncia penal, previa viralización en redes sociales del video que registrara tal abuso—, por lo que algunas expresiones y situaciones aquí contenidas pueden considerarse, actualmente, inapropiadas o francamente condenables. No quise modificar sus contenidos para evitar la ira de los talibanes de la corrección política ahora imperante, porque así éramos entonces y considero importante y, medianamente honesto, dejarlo aquí registrado. No nací con la conciencia de género vigente hoy en día: fui adquiriéndola a lo largo de los años, normalmente a trompicones, como muchos otros. A veces me sale llevarla a la práctica y otras no tanto, ni modo.

ARTURO REYES FRAGOSO,
coordinador editorial de la Biblioteca del Centenario,
ciudad de México, invierno 2023-2024

Declaratoria de principios



La Asamblea Nacional de Asociados de 1981 formalizo el ingreso de las unidades femeninas a la Asociación de Scouts de México.

Cuatro décadas atrás, la Asociación de Scouts de México reconoció que las muchachas se les colaron desde hacía años en infinidad de grupos, y tuvo que formalizar su ingreso.

Fue lo mejor que pudo ocurrirle al movimiento scout mexicano.

Gracias, chavas.

[“Sombrero de cuatro pedradas”, página de Facebook, marzo 2024, publicado en el Día Internacional de la Mujer,]

Ficciones



Rally de Crystal Palace, Londres 1909: primera “girl scout” de la historia.
(Fotografía tomada de *Baden-Powell. Las dos vidas de un héroe*)

Unidades femeninas

A fuerza de topársela en toda actividad, Lorena pasó a convertirse en una figura arquetípica del escultismo local, algo así como parte del paisaje.

Fue precisamente ella, al frente de la patrulla Enif, quien encontró a tus aguerridos Halcones perdidos arriba de Nexcoalango, durante el Campamento Scorpio de orientación. Ciertamente es que el ingreso de las unidades femeninas a la Asociación de Scouts de México fue un reconocimiento *de facto* a la lucha por la igualdad de sexos en la machista sociedad del país. Un hecho que, planteado a un muchacho de 16 años, no bastó para aminorar la profunda humillación que te significara ser rescatado del cerro por una partida de viejas.

A ellas no se les invirtió la flecha de la brújula que señala al Norte.

No te pesaba tanto que Lorena ganara los concursos de cocina sin utensilios —por cierto, poseía una singular habilidad para desnucar gallinas y luego pelarlas—, pero tener

que batallarle las competencias de corte de leña, eso sí era invadir los terrenos del honor. ¿O ya olvidaste quién te aplicó los primeros auxilios cuando te rajaste la pata de un hachazo, por pendejo? ¿No fue Lorena quien encabezó aquella ofensiva fulminante que despachó a las tropas del 9 y 100 —ejem, masculinas—, en ese único torneo mixto de basquetbol realizado en la provincia? Que cuando se suspendió, por supuesto fue bajo el argumento de la disparidad de grados de rudeza entre los participantes, puesta por demás manifiesta durante el partido entre el 154 y 167.

Siempre alegaste que jamás fue tu intención practicarle una mastectomía a la capitana del equipo contrario, que entonces ni siquiera conocías el significado de la palabra. Tú nomás aventaste el balón a pase. Palabra scout y del Osito Bimbo.

Hoy te encuentras en casa de Chuchundra. Todas las fiestas scouts son iguales: el mismo ambiente, las mismas caras, las mismas canciones para bailar —en un invariable orden de programación— y hasta el mismo comisionado de clanes pretendiendo dar por terminado el reventón a la una de la mañana y que en la barra sólo se sirva Pepsi-Cola en vasos desechables.

Sigues platicando mientras de reojo observas a Lorena atravesar la sala, saludando a la concurrencia. Va enfundada en una minifalda negra que invita a volar la cerradura de la jaula que mantiene encerrados a tus demonios interiores. Si bien vino con los de su grupo, por eso de la unidad tribal, sabes que carece de tirador de base ni candidato en firme a la vista. Ahora es la oportunidad de platicar con ella algo más que las hazañas bélicas de Baden-Powell (“Diga usted, ¿cuántos días duró el sitio de Mafeking?”) y qué piensas de la vigencia de los principios scouts en la dinámica social moderna.

Muy bien, pasemos del reglamentario “Oh sari mares” al contoneo cachondo al ritmo de Madonna.

[*Sombrero de cuatro pedradas*, primera edición, 1998]

A un rover no se le contradice

Ya no sé qué hacer, estoy desesperada. Aunque también estaba harta, la verdad. Por muy tres especialidades y próxima insignia B-P que sea, ésas no son maneras de tratar a una mujer. Pero por más que le decía a Edna que su relación con Guillermo era para dar coraje, nunca pareció darse por enterada. Como si las charreteras que el otro traía en los hombros, y cuyo mayor orgullo de ella era habérselas bordado, la tuviera como apendejada. Ah, porque Guillermo es rover, y Edna tan solo una caminante, por lo que debía comportarse a la altura. Como si le estuviera haciendo un gran favor el tarado ese. Siempre que veía a Edna le decía que eso era una payasada. Le recordaba como antes que empezaran a andar, las dos nos reíamos al ver cómo todos los del clan masculino lo traían de encargo, cuando Guillermo era un simple y vulgar esclavo. “Esclavo, carga la tienda de campaña”, “Vamos a echarnos un volado para ver quién manda al esclavo por los refrescos”, “Tengo comezón en la espalda, ráscame esclavo”. ¿No hasta en una kermés de grupo, cuando Edna y yo éramos todavía guías de patrulla, nos lo ofrecieron en alquiler para usarlo en lo que quisiéramos? Pero no se le ocurra a Edna recordarle su pasado porque, pobrecita, no se la acaba. Con eso que le dicen que hay que respetar las jerarquías. Y la otra sonsa se lo cree. Yo le digo que no se deje, pues qué se ha pensado; de por si el otro tiene carita como para dar compasión. Luego, así que digas es un fregón para el campismo y la vida al aire libre... ¿no cuando hicimos la volanta, a media caminata ya andaba como pollito sobre comal, quejándose de las ampollas? Y luego para la escalada, que muy picudo: a él la roca le hacía lo mismo que a Peter Parker, y a la mera hora se puso un porrazo que nomás y porque lo aseguraron desde arriba termina por frenarlo el piso. ¿No que muy Hombre Araña? Y pues lo de la fiesta fue el colmo: llegan los dos y la deja botada en un rincón mientras se va a platicar con sus

amigotes. Ahí voy con las otras chavas del clan a jalárnosla a nuestro relajó. Estaba con nosotras, de lo más contenta, cuando de pronto llega Guillermo, bien majadero, para agarrarla del brazo, no hasta la lastimó, y decirle que ya quería bailar con ella. Edna, todavía y en buena onda, trató de decirle algo, y entonces el menso suelta su frasecita célebre: “A un rover no se le contradice”. Ahí sí de plano ya no me aguanté. Que me planto enfrente y le digo: “¿Con que muy rover, no, idiota?” Y le suelto el madrazo. Hasta fue a tirar una de las bocinas. Todavía ahí va Edna corriendo a tratar de levantarlo, bien espantada. De plano quien nace para maceta no pasa del corredor. Desde entonces los dos clanes no me dirigen la palabra, como que me dan la vuelta. Me ven con odio, miedo y admiración entremezclados. Ya me tienen hasta el gorro. Hasta estoy pensando en cambiarme de grupo.

[*Sombrero de cuatro pedradas*, primera edición, 1998]

Quejas a la Asociación

De nuevo reñí con mi madre. No puede entender que falte a la comida con los papás de Guillermo. Hacer eso por irme de campamento. ¿Qué clase de novia van a pensar que eres?, todavía retumban en mis oídos sus palabras de reproche. Al menos ya se dio una variación en los pleitos habituales de la casa. Pasamos a temas más trascendentales: de cómo voy vestida a la escuela al cuidado de mi imagen ante mis futuros suegros. Suegros, y yo preocupándome por un término al que ninguno de los dos se nos ha ocurrido plantearlo, hacerlo presente al menos. ¿Pero acaso puede pensarse otra cosa? En casa mis padres tratan a Guillermo como parte de la familia, le tienen confianza absoluta. Y yo en la suya ni se diga, escuchando a cada rato las confidencias de la señora. Los dos acudimos siempre juntos a los mismos lugares, frecuentamos las mismas amistades, hasta se nos ocurrió imprimir tarjetas

de Navidad con los nombres de ambos. ¿Puede pensarse otra cosa? Por eso mi madre no concibe que vaya a un campamento en lugar de la comida.

Y es que resulta tan diferente al estar con las chavas del clan. No es que sea un ambiente completamente extraño. En mucho me recuerdan a mis compañeras de la prepa; igual platicando del novio y las fiestas mientras prenden el cigarro. Hasta ahí todo normal. Pero, de pronto, hablar de que nos vamos a ir de campamento nosotras solas. Lo más cercano a eso fueron las vacaciones con mis primas en Acapulco y, a últimas fechas, los fines de semana a Cocoyoc con la familia de Guillermo. Pero siempre ahí mi mayor preocupación es decidir la ropa que llevar, nunca el comprar mi comida y menos cargarla para llegar a cocinarla. Es divertido ir al super de compras con ellas, te cargas un relajo fenomenal; poniéndonos de simples, jugando en los pasillos a las carreras con los carritos, hasta escuchar el invariable ¡Tsch, esténse quietas, niñas!, del encargado o alguna señora gorda. Y nosotras muriéndonos de la risa. Si así son los preparativos cómo serán los campamentos. Y siempre me quedaba hasta ahí. Impensable faltar un fin de semana a la casa, no con las personas desautorizadas: con las primas está bien, con Guillermo y sus papás, ya hablaremos nosotros con ellos, ¿pero con gente extraña? Es algo que ni siquiera se pone a discusión. Es raro, por primera vez me siento contenta de haber dejado enojados a mis papás.

No encuentro mis medias nuevas. Todavía falta peinarme y ya me esperan abajo para irnos. Fiesta de ingenieros. Cuando empecé a andar con Guillermo y todavía no terminaba la prepa, mis compañeras me envidiaban que fuera a fiestas de ingenieros. Van puros profesionistas, les presumía, sin decirles que sólo eran estudiantes de semestres intermedios, aunque ya eso por sí solo te colocaba a la cabeza de la lista de sofisticación de niñas clase medieras en escuela de monjas, eso, y

que a la salida estuviera tu novio esperándote en su carro. Si a los 15 años había logrado tales avances, qué no podía esperar de la vida. Soporto por enésima vez el comentario pícaro acompañado del guiño de ojo que le hace mi mamá al ahora promisorio ingeniero, con motivo de mi minifalda negra y la chamarra de cuero con la que bajo a la sala; él le contesta las consabidas frases de que no permitirá que se le acerque ningún galán a la nena más sexy de la fiesta. Ay, mami, si supieras que todas las chavas vamos vestidas igual. Subimos al carro y le aparto su mano de mi pierna. Vas a correr mis medias nuevas, tonto. Él sonrío y arranca.

¿Qué tienes?, has estado seria toda la noche, me pregunta Guillermo con una mirada de extrañeza. Nunca pensé poder aislarme en medio de las luces y música a todo volumen para pensar en lo que me hace falta para el campamento de la próxima semana. Me toca conseguir los utensilios de cocina. ¿Quieres un *cooler*? Puedo llevarme la sartén de aluminio, ni la usan en casa. Ya llegó el primo de Paco. Karla me dijo que ella conseguía una olla, ya nomás faltaría la cafetera. Por fin pusieron la rola de *INSX* que me gusta, vamos a bailar. ¿De dónde voy a sacar una cafetera? ¿Te prendo el cigarro? Podría llevarme la que está en la alacena, tal vez no se dé cuenta mi mamá. Raúl se acaba de comprar un auto estéreo digital. Mejor compro la cafetera. No me acuerdo si le puse la alarma al carro, acompáñame a revisarlo.

¿De veras nos vamos a ir solas de campamento? Aída lo dijo con tanta naturalidad. A veces envidio la forma de ser de la jefa, trabajando y viviendo sola. Hasta en su vida sentimental se ve tan estable. A ella no la esperan a la salida de las juntas ni hace berrinche porque no vengán a recogerla. Me sorprende luego que nos diga, tan tranquila, que pasó una semana sin ver a su chavo, será porque realmente él sí trabaja. O simplemente porque no tuvieron ganas de verse, así tan sencillo. Yo no me quejo de que Guillermo esté todo

el tiempo metido en la casa; total, de vez en cuando voy a la suya: jugamos en la computadora con sus hermanos, rentamos una película y ya luego cenamos. Los sábados vamos a alguna fiesta y los domingos comemos con sus papás. Sólo desde hace poco le varío los viernes en la tarde que voy a las juntas con las chavas. Son dos horas que me sustraigo de la rutina, que me dejan ser, me obligan a ser. A veces quisiera que fuera más tiempo. A veces quisiera que fuera por siempre.

Ahora la nena más sexy de la fiesta va irse de campamento la próxima semana y tiene que conseguir una cafetera. Sus compañeras del clan creen que realmente la nena puede conseguir algo por su propia cuenta sin ayuda de nadie, ni que tampoco la tengan que ir a recoger al término de las juntas los viernes, ni que le digan a dónde puede ir, ni con quién puede salir y quiénes son personas extrañas a la casa. Subí con Guillermo a su carro. En verdad creen que la nena puede hacer muchas cosas. Sigues seria, ¿dime de una vez qué tienes? Jamás olvidaré su estúpida cara de reproche al decirme: seguro y volviste a discontinuar la pastilla. No sé cuál de las tres cosas lo desconcertó más, que le sacara su mano de adentro de mi blusa, le haya mentado su madre o bajarme para regresar caminando a la casa. Adiós novio con carro, promisorio carrera y negocio asegurado por herencia paterna; adiós comidas los domingos en casa de los suegros; las idas a Cocoyoc con la venia familiar. La próxima semana me voy de campamento.

Esto es el colmo. Toda la culpa la tienen esos *escouts*. Desde que anda con ellos, mi hija se volvió así. Nomás lo agarran como pretexto para salirse de sus casas. No sé si sea así nada más en ese grupo o es igual en todos los demás. Pero no me voy a quedar callada. Voy a ir hasta la misma Asociación a quejarme. Miren que volver a las hijas unas libertinas. Ya me

imagino lo que harán en sus juntas. Pero yo me encargo de que la gente sepa lo que ellos son en realidad.

[*Cuentos de una noche de campamento*,
primera edición, 1991]

Falda con charreteras

Su imagen la tiene asociada con ese dolor agudo hasta el retuétano y el esfínter que te hace mentar madres sin reparar en el público circunvecino. El primer acercamiento físico —ella llevó la iniciativa— consistió en volver a colocarle la clavícula en su sitio. No se puede hablar de amor a primera vista. A decir verdad, él ni siquiera le dio las gracias por reincorporarse al partido dispuesto a corresponderle las atenciones al escudero del clan del 15, tacle de Mastines cuando no porta el uniforme scout, que en ese momento bronceaba su musculatura sobre la explanada de la Facultad de Química de Ciudad Universitaria. Tampoco ella mostró un interés especial; ese domingo, ni siquiera se quedó a ver la final del torneo de tochito por llevarse al subjefe de clan del 27 al hospital de Xoco.

Sería hasta la mañana siguiente cuando él destinaría algo más de tiempo a remembrarla, en lo que hacía acopio de fuerzas para levantarse de la cama pese a dolerle hasta las encías. A momentos volvía a ver esos ojos grandes y hermosos, preocupados por la sospecha de una fisura en el hueso —mientras trataba de ir a orinar, despacito gallo-gallina, deteniéndose de los sillones y el librero—, junto con los mechones de cabello prófugos de la pinza que los sujetaba, cayéndole bajo la nuca. Su recuerdo le duró hasta el miércoles, cuando ya pudo volver a caminar normalmente, luego de dejar impresas sus huellas digitales en la pared del baño tras el excusado.

A partir de entonces su pañoleta gris, vino y amarillo junto con la camisola de ¿hombre?!, se le convirtió en referencia obligada de toda velada, campamento de provincia, kermés o semana scout durante los siguientes años. No es que en todo ese tiempo le hubiera generado platonismos soportados, pero sí una curiosidad no satisfecha: el cómo irradiar ternura y hasta coquetería aún en medio de un juego de Bulldog, con ella como encargada de revolcarte hasta colocar tus dos omóplatos contra el suelo. La consideraba capaz de bordarle un *Hello Kitty* a su pañuelo, instalada cómodamente en la copa de un árbol al que más de uno lo pensaría dos veces antes de animarse a treparlo. Continuaban acaparándole la atención aquellos ojos, igual de hermosos aún cubierto de lodo el rostro que los enmarca.

Tuvieron que pasar varios meses para reconocer finalmente que la extrañaba. Si bien el calendario de su vida escultista no varió en ese tiempo, ahora experimentaba una insatisfacción no identificable. Descubrió que una pista comando puede estar desierta pese a contar con 230 participantes. Los mechones de cabello sobre las charreteras de una camisola no atendieron a los contusos de la última convivencia de clanes (se negó rotundamente a que los socorristas del sos le pusieran una mano encima). Fue ahora hasta el viernes —el organismo pierde paulatinamente facultades de recuperación, aún con sólo 24 años—, que su figura rondó obsesivamente en su imaginación: prefiere la combinación falda azul marino-camisola con bolsillos, a los overoles color caqui.

Tomó la decisión cuando ya pudo volver a orinar sin necesidad, lo descubrió más cómodo, de sostenerse del lavabo.

“Esto es algo que debí hacer desde hace al menos cinco años”, fue lo primero que le dijo al verla en la sección de revistas de Sanborn’s. La conocía desde hacía seis, pero él mismo calculó el equivalente a 12 meses para agarrar confianza para la invitación que por fin, con espíritu de rectificación

histórica, le hizo. Comprobó en su plenitud las desventajas de la falda reglamentaria con calcetas azules contra la minifalda negra y medias transparentes. Se sentía raro: finalmente también su imagen la traía asociada con la sensación de, al menos, tener despellejadas las rodillas. Por un momento pensó en asomarse a su nuca para cerciorarse que los prófugos mechones siguieran ahí, al tiempo de acercarles los labios para ratificar la pinta de textura de terciopelo que proyectaban. Pero se encontró con sus ojos, los mismos que más de una vez se vio tentado a limpiarles el sudor de los párpados. Ya no era necesaria la existencia de un conmocionado de por medio para conjurar la materialización de su imagen. Ahora —pensaba—, el problema era implementar el mecanismo para obsequiarle una flor y expresarle su cariño durante, digamos, por ejemplo, el descenso de una roca en rapel. Lo fue elucubrando en su mente mientras contemplaba aquellos hermosos ojos que casi reían por sí mismos.

[*Cuentos de una noche de campamento*,
segunda edición, 1993]

Personalidades

Ana María Alcocer, una entrevista



Ana María Alcocer Peralta (1956-2022), subcomisionada nacional de Tropas durante la segunda mitad de los años ochenta del siglo anterior.
(Fotografía de José de Jesús Reyes Feist)

Ingresó al movimiento scout el 5 de mayo de 1973, al grupo 107 de la actual provincia Iztacalco, primero como lobatera hasta convertirse en Akela. Luego, fundó con un profesor de la UNAM, donde estudió la carrera de Químico-Farmacobiólogo en Tecnología de Alimentos, el grupo 312 de la actual provincia Venustiano Carranza, cercano al mercado de Jamaica, donde se desempeñó como jefa de manada, tropa y subjefa de grupo, antes de ingresar al nivel nacional, en 1981, en la Subcomisión Nacional de Tropas, invitada por Víctor Ortiz, la cual encabezaba al momento de la entrevista, en 1988.

—Como la primera mujer nombrada en este cargo, ¿qué concepción tienes tú de la mujer en el esculatismo?

—Creo que las perspectivas han sido muy difíciles: hay que abrir brecha, ir creando confianza en nosotras. Las mujeres en el contexto social siempre hemos estado en un segundo término y esto es una realidad, no nada más en México, aunque quizá se viva aquí más intensamente. Estamos en un ambiente básicamente de varones en el que ha costado mucho trabajo llegar: tienes que demostrar con tu trabajo lo que vales, lo que eres, pero puedes estar en el mismo nivel tomando decisiones. Lo que tenemos ahorita que enfrentar es la falta de experiencia y que las muchachas mismas se dejen todavía apabullar de alguna manera por los muchachos, y esto es natural; es un camino a recorrer por mucho tiempo a muy largo plazo, pero se puede lograr. No podemos correr: tenemos que, por llamarlo de alguna manera, que no lo es, una desventaja de experiencia de 75 años del movimiento varonil respecto al femenino, pero creo que éste va alcanzando sus niveles. Al menos de lo que yo te puedo hablar es en relación a tropas, y yo he visto en las muchachas un crecimiento, una madurez, un sentir del Movimiento, un vivir el esculatismo ya de una manera diferente a como los estábamos viviendo por 1981-82.

—¿Se llega a contraponer el concepto general de esculatismo con el concepto clásico de feminidad?

—Mira, si partimos del concepto que el programa scout es todo aquello que llega al muchacho a través de nuestras actividades, aplicando el método scout, lo único que estamos buscando en el muchacho —estoy hablando genéricamente, tanto muchachos como muchachas—, es que se desarrollen en ese ambiente que tienen natural, siendo unas personas con objetivos a cubrir, metas a corto y largo plazo, gente segura de lo que está haciendo, gente que proyecte su vida, dándole seguridad por medio de una administración personal, viviendo en base a unos principios, a unos valores; en po-

cas palabras, buscamos formar hombres y mujeres íntegros. Creo que no tienen que ver nada la feminidad con una forma de vida; esto es, el proyecto de vida que yo tengo para mí o que el muchacho quiere para sí en base a unos principios y en base a una forma de ser diferente, hacer una persona que te ganas de triunfar en la vida, andar feliz, a poder sentir, a entregarse a los demás, sobre todo en el concepto de servicio a la larga entendido como un rover o una precursora. No sé, una dicha, una felicidad de poder hacer algo. Yo no veo aquí el concepto de feminidad: feminidad sería, tal vez, en algunas actividades. Pero yo creo que, cada vez, cada día, vamos avanzando también en esa línea; al principio, ¿qué iban a hacer las muchachas? Lo que veían de los muchachos. ¿Qué hacen ahora las muchachas? Afortunadamente lo vimos con la experiencia del Campamento [Nacional] en Morelia, en 1986: están haciendo lo que ellas quieren hacer. Desgraciadamente, no en todas las regiones ni en todas las provincias, ni en todos los grupos. Pero te podría decir que en un alto porcentaje ya las muchachas están imponiendo lo que ellas quieren hacer.

[Revista *Sendas Scouts*, 13, 1988]

La buena acción de Elenita Poniatowska

Los testimonios recabados por Elena Poniatowska sobre el Terremoto del 85 (*Nada, nadie. Las voces del temblor*) forman parte del imaginario scout, al haber registrado alguna de sus anónimas acciones durante el desastre:

Llegaron los scouts y uno de ellos, al ver una rendija bajo la losa en medio del montón de escombros, dijo:

—Yo me meto.

Se oía un llanto. Entró el scoutito y sacó al niño. Al salir dijo: “Hay otro”.

Se volvió a meter y se cae la losa.

Otro motivo de orgullo hacia la autora de *La noche de Tlatelolco* es el público reconocimiento realizado de su militancia dentro del movimiento scout durante su juventud, lo cual trae a colación periódicamente, como en la entrevista publicada en 2007 en el suplemento cultural de *El Universal*, recién encontrada en mis archivos, donde la Premio Cervantes de Literatura le responde con hilarante candor al periodista Héctor González Jordán sobre su formación católica:

“Sí, leía a los grandes escritores católicos franceses y además era *girl-scout*. Eso de una buena acción diario me lo tomé muy en serio. Era muy pendeja. Por ejemplo, mi primer sueldo se lo di íntegro a un señor que en la esquina me estuvo para decirme que tenía a su hijo en el hospital. Siempre he sido una gente muy confiada, creo que la gente es buena.”

* * *

Nos sumamos a las celebraciones por los 90 años recién cumplidos de Elena Poniatowska —la escritora viva más importante de México—, retomando las menciones que suele hacer de su paso por el escultismo y la importancia del mismo en su vida.

En las diversas entrevistas que le realizan, suele mencionar que entre los libros más antiguos que conserva de su extensa biblioteca, se encuentran varios escritos en francés (su propietaria nació en París, en 1932), misales y libros de nudos utilizados cuando fue “niña scout”.

Tiempo atrás, en una entrevista aparecida en la revista *Quién* en febrero de 2003, resaltaba la importancia del escultismo, al responder sobre sus motivaciones que la llevaron a dedicarse a escribir: “Sólo quería ser útil, y como fui *scout* y me enseñaron eso (ríe), quería llevarlo a la práctica”.

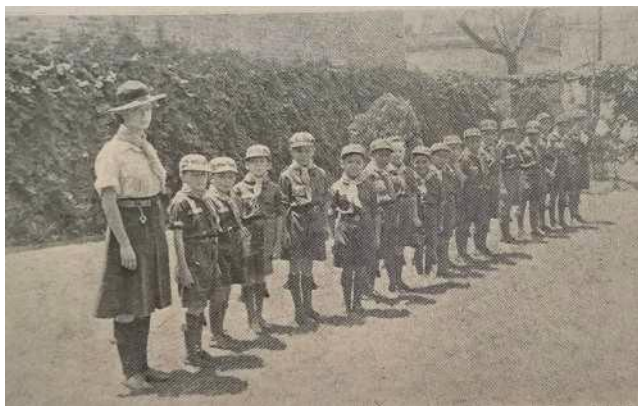
A continuación, el entrevistador le pide profundizar sobre la “parafernalia” vivida como “niña scout”, a lo que la futura Premio Cervantes de Literatura respondería: “A los 12

años [lo cual corresponde a 1944, dos años después de su llegada a México desde la Francia ocupada para entonces por las tropas nazis], con uniforme y todo, comencé a formar parte del grupo Baden-Powell. Nos reuníamos en el Liceo Franco Mexicano para ir de campamento a Soria (cerca de Atlixco, Puebla). Fui jefa de tropa y sé hacer lo propio del cargo: nudos, construcciones con palitos y espagueti que me queda como engrudo”.

Lo último que comparte del tema deberíamos presumirlo por todos lados: “Me gustaba el espíritu del *scout*. Le imprimió un sentido distinto a mi vida”.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, junio 2021 y mayo 2022]

Mamá Loba, *primera scouter mexicana*



Mamá Loba, lobatera de la “jauría” del grupo XIX del Distrito Federal, 1943. (Fotografía tomada de la revista *Escultismo*)

Tal fue su importancia que le dedicaron un extenso artículo de la revista *Escultismo* (núm. 85, julio de 1943) aunque, ¿pudoroso, galante o misógino?, el anónimo redactor escatimó mencionar su nombre, aludiéndola igual como *Dama Scouter* o, más colo-

quialmente, *Mamá Loba*: así la refieren en la fotografía donde aparece al frente de su jauría de lobatos —como entonces se conocían a las manadas— del grupo XIX de la ciudad de México.

Será hasta la nota que acompaña otra foto de apantallante estética, donde se consigna su nombre: Beatriz Pérez de Lebrija, quien aparece en medio de los demás scouters de su grupo, identificados de izquierda a derecha como José Ag[ustín] Pérez de Lebrija jr., M. S. T. [maestre scout de tropa]; José A[gustín] Pérez de Lebrija, capitán de lobatos [actual equivalente a Akela, y del que Fernando Soto-Hay menciona en su *Cronología del escultismo* que ese mismo año asumiría la dirección de la revista publicada por la Asociación]; Rafael Ulibarri Ucha, M. S. G. [maestre scout de grupo], y Perfecto Méndez Plancarte, como jefe rover.

Beatriz no resulta desconocida dentro del actual ámbito scout, puesto que algunas historias del escultismo mexicano difundidas en la web consignan su nombre, aunque fechando su ingreso en 1942 sin mayores explicaciones. También, consultado al respecto, Javier Reyes Luján, ex jefe scout nacional, recuerda que el propio Soto-Hay le refirió que, en realidad, la primera mujer dentro de la Asociación perteneció al grupo I, también como lobatera, aunque sin mayor sustento documental para corroborarlo.

En esa segunda foto se aprecia como *Mamá Loba* posa para la cámara impecablemente uniformada, con su sombrero de cuatro pedradas ligeramente ladeado, cabellera pulcramente recogida en la nuca, semblante orgulloso y una ligera sonrisa enmarcada por su rostro juvenil que, en su conjunto, le imprimen un toque de coquetería apreciable incluso sobre la nitidez de la imagen impresa.

Beatriz Pérez de Lebrija, primera scouter de la Asociación de Scouts de México. Mujer pionera del escultismo nacional. Parfraseando al añorado José Emilio Pacheco: de vivir todavía, tendrá cerca de cien años de edad.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, julio 2022]

Confesiones de una rover clandestina



Clan femenino del grupo 92, Distrito Federal, 1980. Al centro, con charreteras, Guillermina López Rocher, jefa de clan; al extremo derecho, Gloria Toral Coarasa. (Fotografía de Gloria Toral Coarasa)

Yo entré de niña a Guías de México, de donde por diversas circunstancias me salí como a los 13 años de edad, pero en mi casa se desayunaba, comía y cenaba scouts —mi papá, Jorge Toral Azuela, desempeñó diversos cargos dentro de la Asociación de Scouts de México, incluido el de comisionado nacional rover y jefe scout nacional. A cada rato iban Miguel Martagón, Luis Marcial y otros dirigentes de la Oficina Nacional, quienes empezaron a hablar de las ramas femeninas. Yo le pregunté a Miguel Martagón a qué clan podía incorporarme: eso fue a finales del ochenta, cuando tenía 16 años. Me dijo del grupo 88 de Naucalpan y del 92 de la Del Valle; él fue miembro de ambos grupos, y mantenía contacto con ellos.

Me comuniqué con una chava del 88, que se llama Leticia Martínez, quien me platicó que estaban armando un plan de adelanto inspirado en los habitantes del Himalaya, donde las *sherpas* eran las equivalentes a escuderas, y las *yespas* a rovers. A mí me quedaba muy lejos Naucalpan, por lo que terminó dándome el teléfono de otra chava del grupo 92,

que tenía su local en la calle de Patricio Sáenz, el cual que me quedaba muy cerquita de mi casa. Curiosamente, un primo de mi mamá fue de los fundadores de ese grupo, por lo que todo quedó en familia.

Las primera clanas eran en su mayoría hermanas o primas de algunos miembros del clan masculino, y una hija del jefe de grupo. Salvo una chava que había sido lobatera y yo que fui guía, ninguna otra tenía experiencia scout. Luego fueron agregándose otras invitadas nuestras; algunas entraban, no les gustaba y se salían, pero al final, fuimos un clan bastante grande. Según yo, fue por iniciativa del jefe de grupo que se decidió formarlo, porque quería que fuera el semi-llo de las dirigentes de las restantes secciones femeninas. Las juntas eran los viernes antes de las del clan masculino, aunque todas las actividades externas eran mixtas: río subterráneo, balseada y escalada en roca, aunque una vez nos echamos solas el río San Jerónimo, con el bote mantequero a la espalda. Al final, estaba el clan masculino esperándonos, y nos hicieron una ceremonia como diciendo “ya están listas”. No los esperábamos y fue muy padre.

Fuimos como ocho chicas las que tuvimos la investidura rover: yo fui la sexta. La primera fue la jefa de clan, Guillermina López Rocher, quien era la mamá de unos scouts, muy jovencita. A ella la adiestró el Consejo de Clan masculino sobre mística y cómo llevar la junta, aunque no tanto de campo, donde a todas nos enseñaron a la par. Primero obtuve mis cintas de escudero y luego, como por el 82, no lo recuerdo bien, mis charreteras. Leí por supuesto *Roverismo hacia el éxito* de Baden-Powell; claro que la Roca Mujeres no era la Roca Mujeres sino la Roca Sexualidad. A mí nadie me dijo “roverta”: éramos clanas y las investidas con charreteras, rovers. Sí causábamos curiosidad, pero nunca nos pusieron un sobrenombre.

Me imagino que entre Guille y la siguiente rover, Beatriz Molina, quien era lobatera y novia de uno de los del Consejo

de Clan masculino, escribieron con los chavos de clan toda la lectura de la investidura basada en Juana de Arco. Yo hice todo el ceremonial, y estuve todo un día en un convento con lecturas y todo. Mi papá se encargó durante la investidura de la lectura de Juana de Arco: lo hizo en su calidad de rover investido del grupo II de la ciudad de México; de hecho, mis charreteras, cintas y motas rojas fueron de mi papá. Siempre fue muy respetuoso de mis decisiones, y cuando le anuncié que quería entrar a los scouts, me dijo órale. Yo le aclaré que iba a entrar a un clan femenino, y me respondió que iba a estar de clandestina. Pues sí, pero por lo que he estado oyendo, pronto se va hacer esto. Sí, seguro esto no ha de tardar, reconoció.

Mi papá nomás observaba; estaba muy empapado de todo lo que estaba pasando, no solo en México sino Latinoamérica y el resto del mundo, porque asistía a todas las conferencias scouts internacionales. Yo creo que él estaba esperando a ver lo que pasaba, por lo que invitaba a mi clan a la casita que teníamos en Tepoztlán, a la entrada de Meztitla. O luego hacía veladas musicales bohemias en la casa, a las que invitaba al clan, donde observaba, platicaba y preguntaba.

El único evento nacional al que fuimos como clan fue a un Rover Moot en Meztitla, organizado por Miguel Martagón, con quien llegó a quejarse un clan de Puebla, me parece, o pudo ser de Guadalajara: que cómo era posible que hubiera ahí dos clanes femeninos —el del grupo 88 y el nuestro—, que eso no estaba aceptado por la Asociación. O sea: no querían que las mujeres formaran parte del escultismo. Miguel les dijo que sí, que ahí estábamos y ellos tenían todo el derecho de irse cuando quisieran. Y sí, se fueron. (GLORIA TORAL COARASA, testimonio recabado en abril de 2021.)

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, mayo 2021]

Mascotita, la primera mexicana con uniforme scout



Rosalba Johnson, *Mascotita* de los Boy Scouts de México, 1934.
(Fotografía tomada del boletín *Siempre Alerta*)

Seguro que, para nuestras actuales referencias de equidad de género, el papel desempeñado por la primera mujer en portar uniforme dentro del escultismo mexicano de manera documentada no sea visto precisamente con orgullo sino, a lo más, simpatía y condescendencia. Pero resulta relevante porque, pocas veces, disponemos de fechas, nombres e imágenes, como en el caso de Rosalba Johnson, quien en 1934 desempeñara el “cargo” de *Mascotita* de la agrupación de los Boy Scouts de México.

(Preciso que esto concierne al movimiento scout mexicano, puesto que las Guías de México se fundaron cuatro años antes.)

Aparece por vez primera en la portada de *Siempre Alerta*, boletín mensual de la agrupación dirigida por José Trinidad Padilla, encabezando el desfile conmemorativo de la Batalla del 5 de Mayo de aquel año, por las céntricas vialidades de la ciudad de México, apreciándose al fondo el todavía inacabado Monumento a la Revolución, inaugurado hasta cuatro años después.

Y vuelve a aparecer al mes siguiente, con una encantadora foto de cuerpo entero acompañada de una breve nota, transcrita a continuación:

Engalanamos esta página de nuestro boletín con el retrato de nuestra querida y simpática Mascotita Rosalba Johnson.

Mascotita ha sabido tomar parte con nosotros no sólo en nuestras fiestecitas sociales y ceremonias privadas, sino que ha desfilado al frente de nuestro juvenil ejército, granjeándole simpatías y sonrisas de aprobación.

Por tan brillante Hoja de Servicios de nuestra mascotita, la Dirección Nacional le ha concedido una Estrella Verde, que ahora lleva Mascotita sobre su pecho.

Cabe ahora dedicarle algunas palabras a la agrupación a la que perteneció *Mascotita* Johnson (mote que asumo asignado entonces bienintencionadamente, pero que hasta el resabio de macho que sobrevive en mi interior, le parece denigrante), fundada por Padilla, y que alcanzó cierta relevancia en los años treinta del siglo pasado, con oficinas primero en la calle de Bucareli y luego en la de Brasil, en el actual Centro Histórico, detrás de la Catedral Metropolitana, presencia en diversas localidades del país, aparte de su capital —donde realizaban vistosos desfiles cubiertos por los periódicos locales—, y que llegara a contar con lobatos y hasta muchachas scouts. Agregó que Enrique Zenil y Frisley le dedican un breve apartado a dicha agrupación, en su inconclusa historia del escultismo mexicano.

También sabemos que a los Boy Scouts de México ingresaron muchachos que luego se pasarían a la Asociación de Scouts de México, donde desarrollarían una destacadísima carrera, como Germán Olagaray (1923-2010) —transmutado por Jorge Ibarguengoitia en “Germán Arrechástegui”, en su célebre relato “Falta de espíritu scout” (“quien era capaz de caminar tres días comiendo nomás pinole”, cito de memoria)—, e Iker Larrauri (1929-2021), el mejor ilustrador scout

mexicano de la historia, como puede constatarse en sus creaciones incluidas en el *Manual del scout*.

Regreso a *Mascotita* Johnson, de quien todavía aparecerían algunas referencias en boletines posteriores, donde nos enteramos que tenía un hermano inscrito dentro de la agrupación de Padilla, ambos hijos de David Johnson, quien llegó a desempeñar el doble cargo de general del Ejército mexicano y jefe supremo de las brigadas de los Boy Scouts de México, antes de mudarse a Veracruz con su familia para seguir desempeñando sus funciones castrenses.

Todavía se publicarían otras fotos *Mascotita*, ya sin uniforme, pero con sus bucles y sonrisa angelical, a la Shirley Temple.

La verdad, se ve adorable.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, enero 2024]

La señora Reyes, tesorera de grupo



Bertha María Fragoso de Reyes (1929-2020).

Tanto ella como mi padre se propusieron darnos las oportunidades que la vida no les brindó a ellos, sospecho a veces

con una determinación obsesiva, la cual reflejaba —de eso tenemos absoluta certeza Adrián y Armando, mis hermanos mayores— el inmenso amor que nos profesaron durante toda su vida.

Crecimos en una colonia colindante al mercado de Portales, entre bodegas, vecindades redignificadas arquitectónicamente luego del Terremoto del 85, y una iglesia de gris arquitectura que conserva al otro extremo de su atrio una capilla colonial que, cuenta la historia, la edificaron sobre un adoratorio prehispánico y, tres siglos después, fuera saqueada por las tropas estadounidenses a su paso hacia la entonces colindante ciudad de México. Desde que tuve memoria, me resulta normal la visión de la cercana calzada de Tlalpan con mujeres paradas en las sus aceras con excesivo maquillaje y cortos vestidos, inexplicablemente instaladas sólo en su dirección que corre del Centro hacia la salida a Cuernavaca, que por la noche adquirirían una robustez que rebasaba mi lógica infantil.

Seguro fue mi madre, siempre apoyada incondicionalmente por su esposo, quien decidió meter a sus hijos a los scouts, tanto porque le encantaba vernos uniformados —lo que de pilón me costaría soplarme casi toda la primaria en la banda de guerra escolar, pese a mi doble ineptitud musical y marcial— como, principalmente, ampliar nuestros horizontes de convivencia social, sin imaginar que ahí dentro conoceríamos otra clase de barbajanes con pañoleta, con los que en muchos casos mantenemos desde hace décadas las más entrañables amistades de nuestra existencia.

Mis padres también portaron camisola color gris (a la fecha llego a ponerme la usada por mi progenitor, al ser de mi actual talla), para estar al pendiente de sus hijos, sin interferir nunca en las decisiones de los scouters que los tuvieron a cargo, aunque éstos llegaran a tomar contra ellos decisiones arbitrarias. Gracias a eso, el grupo 230 de la provincia Benito Juárez contó con la tesorera más eficiente de su historia, la

señora Reyes, que a la fecha recuerdan con aprecio quienes llegaron a tratarla.

Redacto estas líneas un año después de la muerte de mi madre, Bertha María Fragoso de Reyes, un día como hoy, 23 de noviembre. Al igual que Adrián y Armando, la recuerdo con incommensurable cariño y orgullo.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, noviembre 2021]

Merlina



Merlina, serie dirigida por Tim Burton para la plataforma Netflix.

Adoro a Merlina Addams:

—¿Eras niña exploradora?

—Puedo desayunarme a las niñas exploradoras. Mi tío fue a prisión por eso.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, enero 2023]

Testimonios



Casa Scout de Guadalajara, imagen tomada de *Guadalajara, un llamado al servicio. Testimonios scouts de las explosiones del 22 de abril de 1992*. (Fotografía de José Adolfo López Sampson Félix)

¿Oigan, están bien?

Por donde yo vivo queda más o menos cerca de la zona. No me acuerdo exactamente qué estaba haciendo, el caso es que subí a la azotea; en eso oí como un tipo de trueno. Ah, va a llover. Cuando bajé se me hizo raro que se fuera la luz. Mis papás se fueron a sus trabajos y nos quedamos mis hermanos y yo solos. Ni siquiera se nos ocurrió prender el radio ni nada.

Hasta que fuimos al mercado mi hermana y yo y empezó la gente a comentar. Y nosotras bueno, qué está pasando, qué traen. Mucha gente tenía prendidos sus radios y se oían ambulancias y todo el relajo. Llegamos a casa y mi hermano nos preguntó “¿Oigan, están bien?” Si, estamos bien. Entonces ya nos dijo que pasó la explosión y que según esto había peligro por la casa.

MARÍA DE LOURDES GUECHI GARCÍA (1972-2015),
entonces integrante del clan de precursoras
del grupo 9 de Guadalajara

Zapopan, aislado

Todos los medios de comunicación empezaron a hablar de unas explosiones. Los teléfonos quedaron cortados a medio día, nos los cortaron para no saturar tanto las líneas telefónicas porque todo mundo se quería comunicar con sus familiares. Podíamos recibir llamadas, pero no las podíamos hacer. Tampoco había camiones, vivíamos en Zapopan o sea, estábamos totalmente aislados de la ciudad.

MARTHA ISALIA PAZ PIÑA,
entonces expedicionaria del grupo 13 de Guadalajara

Nunca escuché nada

Me enteré del desastre alrededor del mediodía, cuando habló mi nuera. Yo vivía en Camino Real y ella vivía con su familia en Ciudad Granja.

—Vente para acá, porque aquí no pasó nada y Guadalajara está explotando, ipor todos los lados está explotando! —me dice.

Yo nunca escuché nada, yo estaba entre la cocina y atrás en el patio, porque estaba regando plantas. Nunca escuché nada.

INGRID JUNG DE HAÜSER (1935-2022),
entonces vocal de provincia o grupo. Testimonio
recabado por Guillermo Carlos Albanés García,
febrero 2016

“Algo malo” había pasado

Alrededor de las diez de la mañana estaba en mis clases de la universidad, cuando empezó a escucharse el rumor de que *algo malo* había pasado por el centro de Guadalajara; en ese

entonces, vivía en Zapopan, bastante retirado de la zona donde ocurrió el desastre.

Al llegar a mi casa se aclaró el rumor: habían ocurrido unas explosiones en el drenaje de Guadalajara, causadas por la acumulación de hidrocarburos y solventes provenientes de diversas fuentes, lo que me hizo recordar las noticias de días previos: las quejas de los vecinos de la zona de un fuerte olor a gasolina que salía de las alcantarillas; ahora, toda la zona parecía bombardeada. Entonces comprendí la angustia de Pablo, un compañero de la facultad, quien vivía con su familia en el lugar del siniestro; afortunadamente, todos salieron temprano a sus ocupaciones y estaban bien, aunque él solo comentó:

—Mi casa desapareció: lo que traigo puesto es lo único que tengo.

Al informarme del desastre y ver las noticias, fue creciendo un estado de alerta en lo más profundo de mi ser, al mismo tiempo que la necesidad de no quedarme de brazos cruzados como espectadora, por lo que decidí salir a ayudar. Me comuniqué con mis amigas scouts —Marcela O’Connor Ávila, Irene Martín Ávila, Lilia León Madrigal, María de Lourdes Guechi García (©), Jessica Pilar Pérez Cisneros, Flor Consuelo Cantú Copado, precursoras del clan Domrémy del grupo 9 de Guadalajara—, a ver qué noticias tenían sobre cómo ayudar; ninguna sabía mucho todavía. Me comuniqué entonces con mi jefa de clan, Dolores Álvarez, quien me informó que, si podía, me dirigiera a la Casa Scout para que ahí viera cómo se estaban organizando y la forma de ayudar. Nos pusimos de acuerdo en el clan para ir por la tarde a la Casa Scout, no recuerdo si por lo pronto estaban recibiendo donaciones y ayuda, o solo iban llegando los scouts listos para el servicio.

Recuerdo que a las precursoras no nos permitieron ir a la zona de desastre ni a los sitios donde estaban recibiendo los cuerpos al ser un espectáculo brutal, por lo que nos asig-

naron a los albergues, centros de acopio o casas donde, de manera improvisada, se recibían donaciones de varios tipos.

GABRIELA SALINAS MENDOZA,
entonces precursora del grupo 9 de Guadalajara;
actual jefa de tropa del grupo XIX
de la provincia Naucalpan.

Estacionado en la azotea

Ni en sueños estaba en los scouts entonces, pero tenía un novio con un socio que vivía por la calle de Gante, a donde llegó temprano aquel día para irse con él en su carro a Zacatecas para hacer un trabajo, luego de dejar su propio carro estacionado fuera.

Al rato, ya que se supo la noticia, lo primero que hicimos en mi familia fue prender la televisión para ver la magnitud de los daños y escuchar todos los noticieros posibles. ¡Me tocó ver en uno de ellos el carro de mi novio arriba de una azotea en la calle desbaratada!

Él y su socio vieron también el noticiero y regresaron lo más rápido posible a Guadalajara; el socio pidió ayuda a todos sus amigos y conocidos para sacar las pertenencias de su casa, porque la iban a tumbar. Lo ayudamos aquel día por la tarde y dos días más, porque había que sacar desde la licuadora hasta los muebles.

MELANIA VÁZQUEZ SEGURA,
actual jefa de tropa femenina del grupo VIII
de Guadalajara

Nos tuvimos que aguantar

Todos estábamos muy preocupados. Algunos niños empezaron a llorar. Yo, la verdad, no lo podía creer. De nosotras

como que nos dieron ganas de llorar, pero nos teníamos que aguantar, pues todos los niños que había se iban a preocupar.

Nos subimos al camión y empezamos a cantar; llegamos a Guadalajara entre las cuatro y cinco de la tarde. Estaba la ciudad vacía: algo que me acuerdo muy bien es que estaban las alcantarillas destapadas.

GERARDINA GUECHI,
entonces expedicionaria del grupo XXXVIII
de Guadalajara

No se muevan de ahí, aguanten

La noche del día 21 me dirigía a mi casa, y había un tráfico inusual en la avenida R. Michel pasadas las nueve de la noche: el motivo eran varios carros de bomberos en la zona, y un fuerte olor como gasolina, aunque nunca imaginamos lo que pasaría al día siguiente.

Yo trabajaba como secretaria en Casa Scout, que en ese entonces se encontraba en Reforma 590, en la zona Centro por lo que, al día siguiente salí antes de las nueve de la mañana para ir a trabajar, como todos los días. Todo iba normal hasta llegar al Álamo, donde el tráfico era un caos y no podía pasarse por la avenida González Gallo. El chofer del taxi donde iba cambió su ruta rumbo a la calle Niños Héroe de Tlaquepaque, donde tampoco se podía pasar. Trató entonces de irse rumbo a la avenida Revolución y estaba igual, así que regresó a la avenida Lázaro Cárdenas, y después de más de dos horas llegamos a la Minerva, donde se acercó lo más que pudo al Centro, y pues a caminar se ha dicho. Llegué a Casa Scout después de las 12, cuando las noticias anunciaban: “Hubo explosiones en Guadalajara y está destruida”. Entonces no tenía uno celular, y lo primero que hice fue avisarles a mis padres que me encontraba bien.

Trabajaba en Casa Scout con Luis Sengua (☺), y todo estaba en aparente calma en el Centro, con poca gente y ne-

gocios cerrados. Y como a eso de las dos de la tarde pasó gente diciendo que los bomberos estaban abriendo las alcantarillas y se estaba evacuando toda nuestra zona, porque había de nuevo explosiones. Luis y yo no sabíamos qué hacer, y le hablamos a René Rodríguez para decirle lo que pasaba.

—No se muevan de ahí, aguanten. Más tarde me comuniqué con ustedes —fue su respuesta.

Nos quedamos para contestar teléfonos, hacer llamadas a los puestos de socorro y coordinar la ayuda de los grupos scouts. Al final, todo fue una falsa alarma y no explotamos.

MARÍA CELINA CISNEROS MEZA,
entonces secretaria ejecutiva de Casa Scout
de la provincia Jalisco

Uniformes por todos lados

Eran entre 12 y una de la tarde, y ya sabíamos que había habido la explosión con muchos heridos, cuando llamaron a mi casa de Casa Scout para presentarnos a apoyar. Una actividad Siempre listos, nos dijeron, por lo que me puse mi uniforme inmediatamente. Me dieron la indicación de acudir a las instalaciones del Tecnológico de la Universidad de Guadalajara, a un auditorio muy grande que tenían allí; ahí ya estaba José Gutiérrez, mi director de la Facultad de Psicología, de donde acababa de salir. De ahí nos mandaron a todos los scouts a la zona de Gante, a donde nos fuimos caminando porque no estaba tan lejos. Ya había ambulancias y carros de bomberos, por lo que no era tan fácil el acceso. Éramos muchos grupos, troperos, claneros, hombres y mujeres: estaban los del grupo 30, estaba el grupo 13, estaba el grupo 9, estaba el grupo 16, estaba el grupo 7 en ese entonces, el 28 y 32; el 38, muy numeroso. Se veían uniformes por todos lados.

MARÍA EUGENIA CUEVAS ANGUIANO,
entonces precursora y lobatera del grupo 9 de Guadalajara

Una película de guerra

Desde Casa Scout se coordinó la ayuda de los grupos scouts, montándose además un centro de acopio donde se recibieron víveres, agua, medicamentos y ropa. Todo se seleccionaba para enviarlo a los albergues.

Mi hermano fue esa noche por Luis y por mí a Casa Scout, donde cargamos la camioneta de provincia con agua y comida. Al recorrer las zonas de la explosión de Gante, González Gallo y colonia Atlas, encontramos a policías resguardándolas desde la mañana. No habían hecho el cambio de personal, y como todo era un desastre no había donde comprar algo para comer, así que no habían comido ni tomado agua en todo el día; ese momento, decidimos enfocarnos en llevar comida y agua al personal de seguridad que se encontraba en el lugar.

Después de recorrer la zona, nos dirigimos a la avenida Lázaro Cárdenas y calle Fuelle, donde quedamos de reunirnos con otros scouts. Recuerdo que comenzó a haber una fuga de combustible y personal de Pemex nos pidió alejarnos de ahí, y también sacaron a los medios de comunicación que ahí se encontraban. Nosotros nos movimos en dirección al Álamo para no alejarnos mucho del punto de reunión acordado. Eran como las dos de la mañana, y todo estaba oscuro y en total silencio; en ese momento, comenzaron a oírse motores y vimos aproximarse luces: cual fue nuestra sorpresa al ver varios camiones del Ejército llegando para apoyar y resguardar la zona. Recuerdo la imagen como si fuera una película de guerra.

MARÍA CELINA CISNEROS MEZA

Guías de México, presente

Las noticias e imágenes de aquella mañana nos dejaron he-ladas, y luego luego nos pusimos en contacto entre las guías

para iniciar a recolectar víveres para los damnificados. Recibí en eso una llamada de mi hermano Alfredo y Juan Carlos Salinas, scouts del grupo XV, diciéndome que, en Cruz Roja Nacional, Eduardo Díaz, encargado de desastres a nivel nacional, nos buscaba hasta por debajo de las piedras: necesitaba que nos presentáramos en el refugio temporal que acababa de instalarse en la escuela Basilio Vadillo, frente a Cruz Roja del parque Morelos. No lo pensamos dos veces y nos dirigimos para allá.

Al llegar, vi gente mayor encargada del refugio, coordinando los esfuerzos de muchos voluntarios. Yo era una joven guiadora que imaginó llegar a ayudar a las personas que estaban dirigiendo; cuál fue mi sorpresa cuando Eduardo Díaz nos pidió, ¡a mí y las otras guías presentes!, que fuéramos las cabezas del refugio, empoderando a las jóvenes mujeres que ahí estábamos. Unos meses antes, habíamos tomado un curso de Administración de Refugios Temporales; algunos puestos eran Seguridad, Alimentos, Limpieza, Donaciones, etcétera. Quedé a cargo de Alimentos, lo cual era un gran reto. Establecimos un área de cocina, otra área de recepción de alimentos, y una más para la alimentación de voluntarios, donde se recibían y entregaban lonches y sándwiches para quienes apoyaban en las áreas de las explosiones. También se acondicionó un área de percederos, al inicio solo con una fuente que teníamos, la cual convertimos en nuestra zona de refrigeración. La higiene era de suma importancia, al igual que la conservación de alimentos y aprovechar al máximo las donaciones con el mínimo desperdicio. Cada día era un reto: el menú era cambiante y en un solo día hacíamos varios platillos, porque su cantidad dependía de lo que nos llegaba para prepararlos. Había que ser creativas y rápidas, utilizar las donaciones y que la comida estuviera balanceada.

LA GISELA CORONA VARGAS,
entonces guiadora del grupo XV de Guadalajara;
actual comisionada del distrito XV “Olave” Zapopan

A mitad de la avenida

En el Parque de la Libertad, es uno que está en medio de una avenida, no se tenía planeado formar un albergue. Simple y sencillamente todo mundo, como por inercia, llegó y se empezó a juntar ahí. En vista que no se podía movilizar a todas las personas a otro lugar, se montó ahí, a mitad de la avenida.

La Cruz Roja, que estaba a unas cuadras, empezó a mandar camillas y lonas, se empezó a trasladar comida, se empezó a trasladar personal de otros albergues que teníamos cercanos. Entre los mismos damnificados empezaron a montar su propio albergue.

MARTHA ISALIA PAZ PIÑA

Albergue infantil

A la parte donde llegué estaban coordinando los de Protección Civil, quienes ya nos conocían porque habíamos trabajado con ellos en alguna otra ocasión. A los más jóvenes que iban conmigo y a mí, nos pidieron que no entráramos donde estaban rescatando gente, pero los compañeros del grupo 30 sí entraron a hacer búsqueda. A nosotros nos pidieron que nos quedáramos a repartir agua y alimentos. Estuvimos haciéndolo unas cuatro horas antes que nos regresaran al auditorio del Tecnológico, a donde llegamos como a las diez de la noche. A mí, particularmente, me mandaron al área donde tenían a todos los niños, donde había colchonetas y cobijas. La indicación fue: verifica que estén abrigados, hayan comido —me tocó repartir atole, y los vecinos de las colonias llevaron alimentos: sándwiches, lonches, pan dulce— y hablen. Hubo dos o tres escuelas que resultaron afectadas y los niños rescatados. No estaban sus papás y unos estaban asustados, otros muy cansados. Lo primero que hacían era buscar a sus hermanos. Hubo niños que andaban vagando por las calles, asustados; había otros que no decían nada y no

sabías quiénes eran. Otros que no dejaban de llorar. Era una situación de miedo y angustia. Me tocó ver cómo hacían el censo entre ellos, porque llegaba mucha gente a buscarlos y los voceaban. Estaba conmigo Lupita Covarrubias, directora de Clínicas donde fue mi maestra. También era del grupo 9 y estaba uniformada conmigo.

Esa noche no dormimos, porque cuando unos niños se dormían llegaban otros; además, todo el tiempo había gente preguntando por sus hijos o hermanos. El auditorio tiene una iluminación muy grande y apagaron la parte donde estaban los niños, pero, de todas maneras, se veía perfectamente. Y, además, había que llevarlos al baño, a unas letrinas instaladas que solían usarse para los desfiles. No se quedaban solos y muchos no dejaban de llorar: nos quedábamos con ellos, abrazábamos a unos y dormitabas. Pero éramos jóvenes y no pasaba nada.

Al día siguiente, empezamos con una rutina para ver que todos se levantaran, se lavaran y desayunaran; después de eso, empezamos con las actividades recreativas, separándolos por grupos de edades: juegos, cantos y que pintaran con hojas y botes de crayolas que llevó la universidad, me parece. Me acuerdo que también les pusieron una etiqueta con sus nombres, para poder identificarlos. No todos sabían sus apellidos, pero por lo menos sabían su nombre.

Me quedé tres días completos allá —nada más me mandaron a bañar dos veces a mi casa, y a cambiarme el uniforme, porque teníamos suficientes uniformes y teníamos que andar bien uniformados, siempre—; los siguientes tres, iba un rato a mi casa y regresaba. Llegaban unos niños y salían otros, y había mucha incertidumbre porque no sabías quiénes eran y si todavía tenían familia. Hubo varios albergues de niños, por lo que se estableció la comunicación entre estos por medio de las listas: cada cuatro o seis horas se iba alguien a los otros albergues con una copia de la lista, de donde se traían las otras copias, por si llegaban los papás pu-

dieran decirles en qué albergue se encontraban; como a los dos o tres días llegaron maestras con las listas de sus alumnos, y decían: Me falta este alumno y me falta este alumno. Las mismas maestras identificaron a niños que no sabíamos quiénes eran. Cuando quedaron menos niños, los juntaron a todos en el albergue donde estaba.

Yo tenía compañeras que eran scouts, pero también estudiaban en Psicología, Trabajo Social y Enfermería. Había lobateras de la manada del grupo 16; había gente del clan del 38. También había scouts del grupo 13, entre ellos mi amiga Alejandra Ahumada Paganelli, quien era del clan y normalista de preescolar, y acaba de fallecer. Había scouts que estaban en la Normal de Educación Física, donde mi madrina Magdalena Flores Manríquez era maestra; ella era comisionada de Adiestramiento, y tenía a sus alumnos que eran maestros en formación y scouts, apoyando con cantos y juegos. Y había de otros grupos que no me acuerdo. Todo el tiempo hubo scouts: éramos muchos, una familia muy grande.

MARÍA EUGENIA CUEVAS ANGUIANO

Ingrid, para, para, para, para!

En eso llegaron mi hija Astrid y Zaida Montero; Astrid estudiaba medicina y Zaida enfermería, las dos en la Autónoma y siguen siendo amigas hasta hoy. Zaida fue lobatera y era hija de Toño Montero, quien fue el jefe del grupo 8. Astrid traía mi combi y Zaida traía la combi de su papá; Astrid le prestó un uniforme scout, porque en aquel entonces todos teníamos doble uniforme, y yo le presté mi pañoleta. Astrid se fue con Zaida y me dejaron mi combi. Ahí me habló uno de los Peña:

—Oye, ¿ya supiste que en el sector Reforma hubo una explosión, y hay muchos muertos, muchos heridos, desaparecidos?

—Pues voy con la combi ahorita, y a ver cómo damos servicio.

Pasé a casa de los Peña, donde ya se habían juntado otros scouts que metimos a la combi; por suerte, le había comprado llantas anchas, porque es muy alta: las llantas se bajaron porque había muchachos colgados afuera. En el camino hasta la zona del desastre había scouts en cada esquina, que iba levantando. Llegamos atrás del parque Agua Azul, donde tomé la calle R. Michel, y tuve la precaución de sacar unos cartelones de la Cruz Roja, que los muchachos pusieron de cada lado de la combi, delante y atrás, y nos dejaron pasar.

—¡Ingrid, para, para, para, para! —gritaron de pronto los muchachos, pero con el vuelo que yo venía estaba muy difícil frenar en seco; entonces, no sé cómo todos los muchachos saltaron y logré parar unos metros adelante.

—¡Dios mío!, ¿qué pasó?

Levanté la vista y vi como a un metro un hoyo que llegaba hasta la entrada de una casa todavía en pie, una casa de tres pisos a la que no le pasó nada, pero con un camión volteado arriba.

INGRID JUNG DE HAÜSER (©)

Cortesía de la casa

Nos fuimos para el CODE [Consejo Estatal del Deporte], donde tenían los cuerpos en el gimnasio. Nos quedamos toda la noche. Nos pusieron en un escritorio en la entrada. Llegaba gente y la registrábamos, teníamos que darles tapabocas y guantes. Había unos muchachos que eran voluntarios: ellos iban y acompañaban a ver los cuerpos. Adentro había varias funerarias que estuvieron regalando los féretros, también se encargaban de la documentación de salida.

MARÍA DE LOURDES GUECHI GARCÍA (©)

Mañana, tarde y noche, tres días seguidos

Al primer sitio que fui con algunas de mi clan fue a un templo —creo que por la escultura de Los Cubos— que se había habilitado para recibir las donaciones, luego de ir a llevar provisiones a los damnificados en el Tecnológico y colonia Atlas. El segundo sitio donde estuvimos fue en una casa que estaba sobre Marsella y avenida Hidalgo, que abrieron como centro de acopio, donde recibíamos de todo: medicinas, ropa, comida. Nuestra labor era organizar todo lo que llegaba, clasificar ropa, separar, checar caducidad de los medicamentos, alimentos, etcétera. Luego estuvimos en un albergue que abrieron en el templo de Analco, donde solo recibían ropa; nuestra labor fue separarla por tallas y género, algo en verdad pesado porque eran montañas y habitaciones llenas de ropa. También ayudamos a servir de comer a las personas damnificadas que ahí estaban, y poner algunos juegos a los niños, para entretenerlos en cierta forma.

Tres días seguidos, mañana, tarde y noche estuvimos en esos sitios.

Ya después, cuando nos reunimos en Casa Scout con algunos rovers, solo escuchábamos sus comentarios sobre que a ellos les había tocado ir a levantar cadáveres, partes de cuerpos y sacar escombros, entre otras labores.

GABRIELA SALINAS MENDOZA

Repartidoras de quesos

Fui de nuevo el jueves a Casa Scout, donde seguíamos recibiendo víveres y armando despensas cuando llegó un camión cargado de quesos frescos. Nos dejaron 100 cajas, por lo que tuvimos que conseguir hielo y comenzar a repartirlos lo antes posible. Magda Flores (☺) dio indicaciones de cargar la camioneta scout y nos fuimos ella y yo a repartir los quesos

en toda la zona de explosiones, donde se habían montado albergues. Era triste ver lugares como la calle de Gante donde la gente cuidaba lo poco que les quedaba por miedo a que les robaran. Nunca olvidaré a un anciano que removía los escombros de lo que fuera su casa, reusándose a irse al albergue, porque decía que “su viejita” estaba bajo los escombros y no quería dejarla.

Encontramos personas muy angustiadas y con miedo. Magda traía aspirinas en su bolsa y les dábamos un pedazo de pastilla, diciéndoles que era para tranquilizarse; después, platicábamos un poco con ellas hasta que decían sentirse más tranquilas.

Seguimos después nuestro recorrido para repartir quesos, dirigiéndonos a la Escuela de Ingeniería de la U. de G., donde había un albergue; al llegar, vimos en los jardines grandes mesas con manteles blancos y todo muy bonito.

—Pero, icómo es posible que estén pensando en una fiesta cuando hay una tragedia! —fue nuestra primera impresión que expresamos, indignadas.

Y cuál fue nuestra sorpresa al descubrir que el lugar donde creíamos que había una fiesta era un albergue del Ejército. Quedamos asombradas de la forma como trataban a la gente, la paciencia que tenían con niños y ancianos. Nos llevó a recorrer el área el general a cargo, dándonos cuenta del gran trabajo realizado por el Ejército.

Otro albergue estaba en la escuela Basilio Vadillo, donde había muchos niños, por lo que le pedí apoyo al señor José Magallanes (☺), quien tenía una imprenta y papelería frente a Casa Scout. Nos regaló hojas, cuadernos, colores y lápices para los niños.

Otro de los lugares a los que fui a entregar quesos fue a la Clínica 39 del Seguro Social, que se encuentra en el Álamo: era centro de acopio y distribución para la gente afectada. Ahí les comenté de los quesos que traía, pero los encargados me pusieron muchas trabas para recibirlos, por lo que decidí

repartirlos entre la gente formada fuera para recibir ayuda. Cuando los encargados se dieron cuenta de lo que hacía, me dijeron que mejor ellos los repartirían, pero decidí terminar de hacerlo yo, porque la gente me comentó que tenía todo el día ahí, formada a la espera de recibir ayuda. Repartí como 500 quesos.

MARÍA CELINA CISNEROS MEZA

Dos adultos y un niño de manada

A la manada la trajimos repartiendo, siempre eran dos adultos y un niño de manada; como unos 15 días continuos duramos trabajando. La sala de mi casa era una bodega donde se juntaban alimentos, y toda la gente nos los traía, nos los traía y nos lo traía. Y hablábamos a Casa Scout, y de ahí venían en una camioneta para llevarse las cajas de alimentos. Después, nos tocó estar en Casa Scout seleccionando comida y ropa.

SOLEDAD PEREA DE JUÁREZ (a)

Guacamole y una buena acción

Un día que tuvimos cajas y cajas de aguacate maduro, por lo que hicimos guacamole en grandes cantidades: era muchísimo guacamole y a todo se lo poníamos. También nos enviaban a cocina a los scouts que estaban cansados y necesitaban desahogarse luego de las fuertes experiencias que habían tenido en la zona de desastre; algunos se sentían impotentes al haber trabajado muy duro para desenterrar víctimas, y descubrir que la mayoría ya habían fallecido. Los escuchábamos, les dábamos de comer y beber, y luego se integraban nuevamente a ayudar.

Recuerdo que mi compañera guía, Claudia Micher, responsable de la seguridad, había establecido que no podía entrar a nadie al albergue sin estar registrado o autorizado:

lo hizo con una persona muy importante que llegó. Se rumoraba después que le llamarían la atención; decían que no tenía ni idea de la importancia de dicha persona, pero más tarde nos felicitaron a todas, Claudia incluida, por cumplir al pie de la letra la instrucción.

Otro día, al dirigirme al albergue en taxi, su conductor me preguntó por qué iba hacia Cruz Roja, y le comenté que estábamos dando servicio en la escuela Basilio Vadillo, la cual fungía como refugio. Decidió no cobrarnos y hacer también su buena acción, detalle que me alegró el día, al saber que muchas personas podíamos hacer una buena acción desde cualquier perspectiva. Scouts y guías podíamos seguir transmitiendo la buena acción, cadena de favores, ayudando al prójimo y “dejar el mundo mejor de como lo encontramos”, como decía nuestro fundador Baden-Powell. ☺

LA GISELA CORONA VARGAS

Sálvese quien pueda

No sé si sea bueno decir esto, pero recuerdo que en el recorrido que hice con Magda por la zona de Gante, vimos a una muchacha ayudando en una casa donde preparaban comida para la gente. Traía un abrigo, lo que se nos hizo raro porque hacía mucho calor. Nos pidió ropa porque el abrigo era lo único que traía puesto: era sexoservidora y a la hora de la explosión, nos contaría entonces, se encontraba en un hotel de la zona, por lo que salió corriendo sin sus cosas ni saber más de la persona con la que estaba. Aún en la tragedia nos hizo reír mucho por la forma como platicó las cosas.

MARÍA CELINA CISNEROS MEZA

Mami, no nos hagas preguntas

No vi a las muchachas en cinco días, no tienes idea de cómo apestaban al regresar. Las mandé derecho a través de la cocina al patio de atrás, donde teníamos un baño con regadera.

—Ahí se quitan la ropa y se bañan, mientras les traigo toallas y batas para ponerse —les ordené a las dos, a lo que Astrid me respondió:

—Mami no nos hagas preguntas, danos un café y pan.

La muchacha salió corriendo a comprar pan que les supo a gloria con el café, porque prácticamente no habían comido. Luego les hablé a los Montero, para decirles que aquí estaba Zaida con mi hija, que llegaron bien y, si querían, la dejaran acá porque ya estaban bañadas, comidas y bien dormidas. A la mañana nos platicaron durante el desayuno sobre los brazos, piernas, cabezas y otros pedazos de cuerpo que llevaron al lugar donde estuvieron con los de Protección Civil. Gracias a Dios, ellas ya estudiaban medicina forense, si no quién sabe si lo hubieran aguantado.

INGRID JUNG DE HAÜSER (©)

Censar durante los siguientes días

Una semana después yo seguí colaborando con la Cruz Roja para censar todos los daños. Había como unas 100 personas, nos dividieron en equipos, de cinco u ocho, y nos mandaban personal de la Cruz Roja. Nos pidieron que observáramos detalladamente todo lo que hubo en el desastre, porque tenían que sacar un porcentaje de daños. Nos dieron unos mapas donde estaba marcada la finca; entonces nos decían: “Tú vas de tal zona a tal zona”. Había que anotar el domicilio, el daño que se encontraba en esa finca, de qué estaba hecha: si de adobe o ladrillo; si había objetos valiosos o no los había. Los daños se determinaron de tres maneras: cuarteaduras en los

techos, en los muros y por la fachada. Eran los daños mayores. Nos pidieron también checar los ventanales, a ver si estaban muy dañados, fue una labor muy pesada.

Estuve censando tres días. Me tocó en Río Nilo y Gante. Trabajábamos de diez de la mañana a cuatro de la tarde y entregaba los reportes a la Cruz Roja. La mayoría de los daños fueron muy grandes. En muchas fincas ya no pudimos pasar, estaba completamente prohibido por el peligro que se derrumbaran.

BERENICE NOEMÍ NAVA MERCADO,
entonces expedicionaria del grupo 13 de Guadalajara

Negación

Duró como dos o tres meses más. Fue como una continuidad: abril, todavía mayo, junio, julio. Hasta que se reorganizó nuevamente todo. Estuvieron indistintamente en diferentes lugares; en el clan el trabajo en equipo es muy breve, más bien individual. Si el albergue donde estaba una de ellas ya se había cerrado, entonces apoyaba otro. Varias siguieron por mucho tiempo.

La experiencia que vivieron es algo muy íntimo de nosotras. Les dejó un dolor muy grande, no puedo explicar bien el sentimiento. Era mucho dolor lo que se les notaba, mucha impotencia. Te cuesta a veces soltar las palabras para darles aliento, porque pues también lo traes dentro.

DOLORES ÁLVAREZ MESEGUER,
entonces aspirante a dirigente del grupo 9 de Guadalajara

Pinole

Hubo mucha rapiña al no haber control de quién se metía a sacar cosas: si tú querías meterte a la casa del vecino porque había muerto, podías meterte y nadie te decía nada. Pasaron

tres o cuatro días y terminaron la demolición de todas las cosas feas, los escombros, las construcciones jodidas. Demasiado rápido para mi gusto metieron máquinas para arreglar las calles y las cosas que estaban hechas pedacitos.

El carro de mi novio salió en los periódicos, porque fue impresionante que un carro tan grande estuviera arriba de una azotea, sin daños. Aunque al bajarlo terminó hecho pinole, porque lo aventaron con una máquina.

MELANIA VÁZQUEZ SEGURA

Un apoyo social

Los claneros estuvieron en las brigadas de rescate, sacando gente de los escombros, cosas muy tristes. Y nosotros brindando apoyo a los damnificados, tratándoles de conseguir albergues porque muchos perdieron sus casas. Y tratando de enlazarlos con la lista de desaparecidos, para ayudarles a encontrar a sus familiares. Como un apoyo social, se le podría llamar. Lo hicimos en el DIF de Casa Jalisco, que está por el rumbo de Terranova.

MARICELA GÓMEZ,

entonces scouter del grupo XLV de Guadalajara. Testimonio recabado por Guillermo Carlos Albanés García, diciembre 2016

Una visita reciente

Hace poco visité Guadalajara, donde no vivo desde hace tiempo y, no sé por qué, me nació la inquietud de dar una vuelta al barrio de Analco, quizás era porque en mi memoria quería reafirmar y/o aclarar que alguna vez había pasado *algo* ahí, ese *algo* que quedaría para siempre en la memoria de quienes lo vivimos, fuera de lejos o en carne propia.

Mañana nublada, tranquila y hermosa, con la iglesia de San José de Analco y su jardín de enormes árboles al costado.

Todo lucía como si nunca hubiera pasado nada, excepto que ahora existe un monumento en una esquina del jardín en memoria a las víctimas de aquel día. Yo no sabía de su existencia y me dio gusto y a la vez tristeza verlo, pues en mi interior pensé “todo lo que ocurrió fue cierto”; afortunadamente, ahora quedará en la memoria de la comunidad para que no se olvide con el tiempo.

GABRIELA SALINAS MENDOZA

Imposibilidad

No quiero exteriorizarlo... es algo muy íntimo de nosotras.

DOLORES ÁLVAREZ MESEGUER

Toda Guadalajara

Yo estaba de campamento, no sabía ni qué, nomás oía que algo había pasado. Entonces alguien dijo que hubo una explosión en Guadalajara; pues uno en la sorpresa crees que toda Guadalajara.

GERARDINA GUECHI

[*Guadalajara, un llamado al servicio. Testimonios scouts de las explosiones del 22 de abril de 1992, Asociación de Scouts de México, A. C., 2022*]

Remembranzas y reflexiones



Scouters, ilustración de Baden-Powell para el *Manual de lobatos*, 1916.

Amor y camisolas

—Escoge: los scouts o yo.

¿Qué escultista de hueso colorado no se ha visto en la embarazosa situación de escuchar la pregunta, formulada en tono de ultimátum, por su tortita, querreque, panquecito con miel o séase novia, antes de traspasar la puerta que da a la calle, con la mochila de campamento al hombro?

Al menos, uno puede prometer cavilarlo esa noche, antes de meterse al sleeping, y darle la respuesta la próxima semana, al regresar.

Si una ventaja tiene que la dueña de nuestras quincenas sea ajena al Movimiento es que, cuando te mandan a volar, el asunto no pasa de serte devueltas una caja con todos los escudos, pines, made-ritas pirograbadas y rocas traídas de quién sabe qué recónditos lugares y poseedoras para ti de un inestimable valor sentimental, enterándote que para ella nunca dejaron de ser basura, y después traten de propagar infundios sobre tu persona, señalando tu sospechosa

manía de usar pantalones cortos todos los fines de semana. Acusaciones fácilmente rebatibles al aducir que son producto del despecho.

Ah, porque los noviazgos entre scouts son mucho peores.

Más de una brillante y promisorio carrera escultista se ha ido a pique por un lío de faldas.

Vean si no: cuántos jefes de manada de lobatos, jefes de tropa de scouts o comisionados de clanes de rovers conocen, cuyas respectivas medias naranjas sean jefas de manada de gacelas, jefas de tropa de muchachas scouts o comisionadas de clanes de precursoras.

La imagen que proyectan es de lo más fácil que derive en el patetismo: verlos llegar, sonrientes, cargando su respectiva carpeta del scouter, de la misma marca y modelo (y hasta vistiendo el mismo diseño de chamarra, ¡uugh!), encontrándoselos durante años, cual simbiótica visión, igual en fiestas, excursiones, misas, campamentos o cafeterías donde se realizan las reuniones de programa.

Imaginen eso a la hora del trueno.

El clímax del culebrón sobreviene a la siguiente actividad, cuando todos los asistentes enmudecen de súbito al aparecer el susodicho dirigente, acompañado de *una tipa* —por lo general, también scout, pero de otro grupo, hasta entonces desconocido— quien se deshace en arrumacos sobre su hombro, mientras la considerada hasta la semana anterior como su pareja perfecta abandona intempestivamente el lugar ahogando un sollozo, seguida de cuatro solidarias amigas dispuestas a consolarla y no volverle a dirigir palabra al que a partir de ahora será conocido como un canalla.

Normalmente, después de esto ella abandona el Movimiento y el otro termina casándose a los tres meses.

Resulta espeluznante pensar cuál es una de las causas de desintegración de un grupo o provincia.

Tan sólo conocí el caso de una mujer —de la cual me reservo el nombre: podrá decir que soy un chismoso, más no que he dejado de ser un caballero— quien sobrevivió a

varios relevos de galán sin consecuencias tan nefastas para nuestra organización. Y eso que anduvo con un dirigente de provincia y otro de nivel nacional. Hoy es la feliz esposa de un joven y prometedor ejecutivo de importante empresa japonesa instalada en México.

No quiere volver a saber nada de scouts.

[*Sombrero de cuatro pedradas*, primera edición, 1998]

Moda scout femenina de antaño



Inés Jolly Prieto en la huella de B-P, Meztitla, 1962.
(Fotografía de Javier Reyes Luján)

Para Pedro Díaz Maya, con un abrazo fraterno

La fotografía pertenece al impresionante archivo de Javier Reyes Luján, estimado ex jefe scout nacional, y en ella podemos apreciar a Inés Jolly Prieto, adiestradora pionera del escultismo mexicano, a finales de 1962, en la huella de bronce de Baden-Powell recién develada entonces en Meztitla. La imagen en blanco y negro no muestra el color de su vestimenta que procedo a señalar: calcetas y falda azul marino, y camisola color gris, colores que no hacía mucho se habían

adoptado, con excepción de los lobatos, para el uniforme scout de la Asociación de Scouts de México, y que estaría vigente hasta mediados de la última década del anterior milenio, cuando se cambiaron por las camisolas multicolores.

Pero, también, gracias a César Macazaga Ordoño, sabemos cómo era el uniforme femenino dentro de la Asociación previamente —entonces, cabe aclarar, las funciones de las mujeres dentro de la agrupación se limitaban a la sección de lobatos—, gracias a *El uniforme scout*, extrañísimo libro de su autoría publicado en 1952 por Editorial Escultismo. Y digo extrañísimo por la leyenda impresa en su portadilla: “Publicación oficial de los scouts de Guatemala. Recomendada en lo relativo al uniforme por el comisionado viajero de la Oficina Internacional, para las asociaciones scouts de la América Latina”. (Agradezco al Archivo Núñez Prida facilitarme una copia del ejemplar que atesora en su colección de reliquias scouts.)

El apartado correspondiente a “Composición del uniforme con insignias, especialidades y equipo”, incluye una parte dedicada al “uniforme para damas scouters”, misma que a continuación transcribo en su totalidad, con algunas anotaciones personales entre corchetes y cursivas:

Sombrero: El scout u otro autorizado. En México boina vasca de color azul marino [*como la todavía utilizaban una década después por la adiestradora que aparece en la imagen*].

Camisa: Color caqui con dos bolsillos superpuestos a los lados con tapas y fuelle central.

Pañoleta: Igual que para los scouters.

Falda: De color caqui. Suficientemente amplia para permitir completa libertad de movimientos y bastante amplia para cubrir las rodillas al sentarse sobre el suelo con las piernas cruzadas. Se puede usar pantalón bombacho hasta la rodilla, bajo la falda. El fondo deberá ser del color de la falda, y no caer más abajo que el nivel de ésta. No deberán ser usados ni el pantalón corto ni el de montar. [*El transcriptor interrumpió su labor un par de veces, tratando de imaginar el amasijo de vestimenta descrita en este párrafo. No lo logró.*]

Cinturón: Del tipo scout.

Medias: En toda ocasión formal, medias delgadas. En otras ocasiones se permite el uso de calcetas o tobilleras azules.

Calzado: Zapato bajo (choclo) de color café o negro. Los más prácticos son correa y hebilla, o con agujetas, de suela bastante gruesa y tacón mediano.

Estrellas de antigüedad: Como para los scouters.

Emblema de provincia y otros que estén autorizados.

Los siguientes artículos son opcionales para las damas:

El cuchillo de monte que no es recomendable. Una navaja (cuchilla) colgada del cinturón es suficiente para cualquier eventualidad. [*El transcriptor vuelve a dudar si la recomendación no conlleva un inconsciente trasfondo... armadas y peligrosas.*]

No se recomienda el uso del bordón ni de la horquilla.

Se puede usar un abrigo cualquiera, oscuro, pero sin pieles [*¿zorro?, ¿armiño?, ¿tlacuache?*], y también suéter azul marino de manga larga, abierto al frente. Para la mayoría de las ocasiones lo más recomendable es un impermeable de material grueso de color azul marino o caqui.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, diciembre 2023]

Catálogo de modas

Mi “uniforme escolar” durante la época universitaria, en la segunda mitad de los ochenta, consistió en camiseta negra, pantalones de mezclilla entubados, tenis Converse invariablemente negros y gabardina, de las que disponía de tres modelos en colores negro, beige y verde, expropiados del guardarropa paterno. Todo esto le imprimía a mi *look* un maravilloso toque *retro* para emular, según yo, al olvidado Michel Paré, el muchacho chicho de *Calles de fuego*, película fundamental en mi educación sentimental, con un *sound track* que a la fecha disfruto horrores.

Qué no hubiera dado porque mis compañeras de la facultad de Ciencias Políticas disfrutaran de las actuales bondades de la moda femenina veraniega, que no repara en emplear sandalias, bermudas cuando no shorts entallados y blusas con delgados tirantes. Teníamos entonces que conformarnos con admirar sus largas faldas de gruesa mezclilla y extensa botonadura, aunque algunas llegaban a enfundarse una variante de jeans con elástico adosado a lo largo del tubo, que propiciaba la adhesión de la tela al contorno de la usuaria como una segunda piel, la cual podía llegar a brindar espectaculares resultados.

El uniforme scout reglamentario —camisola gris, short y calcetas azul marino y calzado negro, usados por muchos años con auténtico orgullo, que conste—, podía llevar encima camisolas de color verde olivo, desechadas por el ejército gringo y compradas a precio de remate en Tepito, aunque todavía eran más preciadas las chamarras estampadas en diversas tonalidades verdosas de camuflaje, adecuadas para la selva vietnamita. La guerra de Irak renovarían la moda bélica con colores terrosos, más adecuados para las condiciones de combate en el desierto.

Nuestro clan usaba boinas negras que hoy nos harían parecer integrantes de alguna agrupación de seguridad privada; la mía vino a sustituir una gorra verde con visera a la que yo le veía cierto aire marcial y, actualmente, asocio más a la usada por Bart Simpson. Fue mi sello característico durante mi época de tropero. Pocos entonces usaban sombrero de cuatro pedradas, del cual percibo un actual repunte de usuarios, entre quienes recuerdo al Panqué, quien así más bien se parecía al Osito Fumarola, personaje de nuestra infancia que, pala en mano, conminaba a los pequeños televidentes a cuidar los bosques.

Por su parte, las muchachas scouts se las pasaban negras con su indumentaria: famosa fue una nieta de Alberto Sparrowe, fallecido ex jefe scout nacional, al ser una de las

primeras *rovertas* que usara charreteras verdes en su camisa *masculina*. Hoy será una atractiva cincuentona que debe recordar aquella confusa época en materia de vestimenta con cariño.

Las actividades acuáticas, realizadas en la alberca de Meztitla por años caracterizada por sus turbias aguas, o alguna laguna para balsear implicaban, por parte de las más atrevidas integrantes del movimiento scout, utilizar traje de baño negro de una pieza, sobre el que se enfundaban los shorts reglamentarios y, todavía, una holgada camiseta blanca de algodón. Lo mejor era cuando, ruborizadas, corrían a envolverse en una toalla al descubrir su primera capa de ropa transparentada por el agua.

Hasta eso, se quitaban de sus zapatos negros con agujetas y suela de hule antes de entrar al agua. Bueno, casi todas.

[*Sombrero de cuatro pedradas*, tercera edición, 2021]

Roca Mujeres



Ilustraciones de Baden-Powell
incluidas en *Roverismo hacia el éxito*.

Crecí a unas cuadras de la “zona roja” de calzada de Tlalpan, entre las estaciones Portales y Nativitas del metro, por lo que

desde niño me resultó habitual la imagen de las mujeres paradas en las esquinas, a la espera de ganarse el pan con el sudor de su... frente. Sólo años después reparé en la inusual estatura y corpulencia de algunas de ellas al caer la tarde, lo que me llevó a comprender el significado del dicho: “De noche todos los gatos son pardos”.

Sobre los misterios del sexo femenino debo reconocer que el entorno familiar no resultó la mejor fuente para revelarlos. Pasados sus 80 años, mi madre se mantenía firme en achacarle dicha responsabilidad a su marido quien, encogiéndose de hombros, solía justificarse aduciendo que siempre confió en nuestra inteligencia y criterio.

Aunque para eso también estaban los scouts.

Baden-Powell no soslayó el tema, abordado con viril enjundia en *Roverismo hacia el éxito*, donde habla de los “escollas” —“rocas” les llamamos nosotros— que deben sortearse al “remar tu propia canoa”. Uno de ellos es el sexo femenino, sobre el que se animara a expresar linduras como la transcrita a continuación:

Muchos hombres tienen que lamentar el haber supuesto que si iban con una mujer que no fuera una prostituta reconocida no había peligro de contraer la enfermedad [refiriéndose a la sífilis]. Pero las estadísticas demuestran que ahí el peligro es aún más grande. La muchacha que ha sido una vez engañada por algún truhan pierde el sentido de la vergüenza y consiente ocasionalmente en ir con otros hombres, y en su ignorancia está más propensa a contraer una enfermedad, ya que no sabe qué precauciones debe tomar; por tanto, entraña más peligro para sí y para aquellos con quienes está en contacto.

Con tales opiniones —ejemplificadas maravillosamente con ilustraciones alusivas del propio autor—, mi difunto cuate el Muppet no hubiera dudado en otorgarle al fundador

de movimiento scout el “Cerdo de Oro”, galardón por él instituido para honrar las más conspicuas expresiones misóginas.

Mi clan, como cualquier otro que se preciara de serlo, brindó especial atención a la “Roca Mujeres”, tal y como puede apreciarse en la transcripción del reporte anónimo de una de sus actividades fechada el 13 de agosto de 1982 —cuya autoría confesaría mi hermano Adrián, décadas después—, titulada “Visita cultural al teatro Colonial”, recinto domiciliado en Santa María la Redonda 91, según se consigna en los boletos también conservados en el Libro de Oro del insigne clan San Vicente de Paul del grupo 230, provincia Benito Juárez, con un costo de \$125 y el anuncio del inicio de la función del “Teatro de Medianoche” a las 00:15 horas:

La Roca Mujeres es una de las rocas más escabrosas que debe sortear un clanero. Es por eso que el clan decidió ir ese viernes 13, al burlesque.

Comenzamos por visitar la Carpa Olímpica, a la que no pudimos entrar por falta de presupuesto. Nos sentimos desamparados, hasta que se nos ocurrió consultar a nuestro experto en este tema por lo que, a sugerencia de Germán Celis, acudimos al Teatro Colonial.

Ahí había dos precios: de cerquita y con opción a lengüetazo, o con los pobres hasta atrás; escogimos, claro, el precio menor, siendo los únicos en toda esa sección del teatro.

Después de contemplar la belleza autóctona y al natural de las esculturales encueratrices que ahí se exhibían, y de cerrar la boca a uno que otro esclavo, dimos por concluida nuestra visita cultural.

Hombre, si había vida antes de la pornografía por internet.

[*Sombrero de cuatro pedradas*, tercera edición, 2021]

Tamales oaxaqueños

La Asamblea Nacional de 1994, celebrada en Morelia, Michoacán, fue el evento donde presentaron un video promocional del Movimiento, que muestra las diversas actividades realizadas por los integrantes de cada sección de un grupo scout. Al tocar el turno del clan de rovers, la pantalla mostró a un par de ellos a la orilla de un lago preparando una canoa, para después internarse en el agua embarcados para comenzar a remar.

Se entiende que el video se pensara para un público no scout, el cual se pretende que deje de serlo. Pero para cualquiera que haya pasado por un clan y participado en una actividad acuática, dicha imagen resultaba una ridiculez.

A ningún clanero en su sano juicio, se le ocurre irse a hacer actividades acuáticas con la camisola bajo del chaleco salvavidas y el sombrero de cuatro pedradas puesto.

Este ejemplo muestra con claridad la confusión existente sobre el significado del uniforme y su uso, al pretender que cumpla simultáneamente funciones de imagen y funcionalidad, incompatibles en la práctica. ¿Cómo exigir, teóricamente hablando, que la misma camisola con la que uno fue a revolcarse a la pista comando, sirva después para realizar honores a la bandera?

Para el caso de las mujeres, la situación resulta más patética. Hasta ahora conozco sólo a una lobatera de la provincia Benito Juárez, que logró descifrar el secreto de cuántos centímetros se necesita subir el dobladillo, para convertir la falda reglamentaria en una prenda realmente femenina, por no decir sensual.

Basta asistir a una fiesta donde las asistentes se han despojado de la ropa oficial, sustituyéndola por prendas más *ad hoc* a la ocasión, para convencerse que fue un misógino quien decretó el uso obligatorio del actual uniforme para mujeres dentro del escultismo, que contempla el uso de za-

patos con suela de goma. Definición exacta hace tiempo fue proporcionada por experimentado miembro de la Asociación, persona mejor conocida como el Muppet, quien, al dar su opinión sobre la materia, tan sólo exclamó:

—Se ven como tamales.

Podríamos hablar de funcionalidad, feminidad y otros aspectos, pero la brevedad del espacio lo impide.

Sólo nos queda la duda por saber si el Muppet se refería a los tamales tradicionales, o a los oaxaqueños envueltos en hoja de plátano.

* * *

Gaby trabaja desde hace algunos años en la Oficina de Publicaciones de la Asociación, pero será recordada como la primera modelo en la historia del escultismo mexicano. Su cuerpo menudito, frondosa cabellera, sonrisa encantadora y gran habilidad en el arreglo personal para capitalizar al máximo sus más bien discretos atributos corporales, fueron los factores que, supongo, influyeron para su elección.

Sólo una vez le he visto perder esa gracia natural que la acompaña, esto durante una fiesta donde fuera invitada a bailar quebradita, por alguien que sí sabía bailarla, con la arrimada de camarón incluida, y el consiguiente gesto de turbación y espanto de cualquier mujer que no sea de Culiacán pa'riba.

Desde finales de 1996, Gaby asiste a diversos eventos luciendo, por encargo expreso de la dirigencia nacional, lo que es el nuevo uniforme, de donde destaca la camisola de corte moderno y llamativo color, variable acorde a la sección, idea que resultó calcada de los scouts franceses, y elimina de golpe y porrazo la anacrónica imagen que los scouts proyectaban desde hacía décadas.

La historia del uniforme la conforma una serie de equívocos e incongruencias que, en buena medida, han lastrado

el desarrollo del escultismo en nuestro país. Se cuenta que fue éste el responsable de frustrarse el primer intento por introducir el movimiento scout a nuestro país cuando, en 1912, se fundara la primera tropa en el puerto de Veracruz.

No fue tanto porque su vestimenta, sólo por coincidencia, se pareciera a la usada por los *marines* norteamericanos, sino porque éstos, al mando del almirante Fletcher, se les ocurriera invadir dos años después el mismo lugar donde operaban aquellos insignes precursores, quienes se vieron obligados a suspender abruptamente aquel esfuerzo pionero, por una razón tan prosaica como salvaguardar el pellejo de una posible confusión por parte de sus enardecidos conciudadanos y defensores del hoy cuatro veces heroico puerto.

Tuvieron que pasar otras dos décadas para que los scouts y su indumentaria característica pudieran establecerse sin sobresaltos en México, siendo entonces la camisola y el pantalón corto de color caqui, acompañados desde entonces por el inconfundible sombrero de cuatro pedradas.

A principios de los años sesenta, se realizó el cambio a los colores gris con azul marino que conocemos, y que permanecieron invariables por las siguientes décadas, dando pie a lo largo de este tiempo a una serie de incidentes que fueron desde nuevas confusiones —últimamente, hasta con guerrilleros neozapatistas—, la aparición de Juan Garrison y el Agallón Mafafas, el florecimiento de un lucrativo mercado negro, fomentado por la pésima calidad y alto costo de las prendas oficiales, hasta la aberración de establecer un uniforme femenino equivalente al masculino, cuando las muchachas fueron aceptadas dentro de la Asociación, y cuya antiestética y asexuada imagen ya anteriormente me llevó a emplear la metáfora de que se ven como tamales, término que en alguna ocasión en Meztitla me valió la airada reclamación de una aludida, sin percatarse que el intimidatorio busto que ostentaba frente a mis ojos, contenido únicamente por un top blanco, sin nada debajo, por eso de ser la indumenta-

ria más cómoda encontrada por ella para rapelear, sólo venía a reafirmar mis convicciones sobre el tema.

Me refiero, por supuesto, al de la inconveniencia del uniforme femenino para la práctica de actividades al aire libre.

[*Sombrero de cuatro pedradas*, primera edición, 1998]

La costosa enseñanza de las guías

El caso de las Guías de México es el ejemplo representativo de cómo la realidad le pasa la factura a una institución que se niega a actualizarse, y cómo los jóvenes no van a esperar que los adultos les satisfagan sus inquietudes.

En marzo de 1981, durante la Asamblea Nacional de la Asociación de Scouts de México, celebrada en León, Guanajuato, se autorizó oficialmente el ingreso de las unidades femeninas. Para la lógica, esto significaba una puñalada trapeera contra la organización hermana que, históricamente a nivel mundial, se venía encargando de las muchachas en estos menesteres.

En los siguientes años, la membresía de Guías de México decreció vertiginosamente, con la misma velocidad que aumentaba el número de mujeres en los scouts. Circulaban historias de deserciones de compañías enteras de guías, quemaduras masivas de pañoletas y otras anécdotas escalofriantes.

Para 1995 había 20 mil muchachas registradas en la Asociación, contra apenas 1,500 en guías. Pese a que, oficialmente, se mantuvieron relaciones cordiales entre ambas organizaciones, y hasta se establecieron comisiones mixtas de trabajo para el desarrollo de algunos proyectos y actividades, como el Año Internacional de la Juventud, en 1985, en los hechos existió un rompimiento por casi 15 años.

Lo que ocurrió entre las guías y los scouts fue una costosa enseñanza, que ojalá hayan aprendido ambas asociaciones.

A principios de los setenta, dentro de muchos grupos comenzaron a aparecer unidades “fantasma”, compuestas por niñas y muchachas que encontraban más atractivo el programa scout; entonces se vivía la efervescencia de los movimientos feministas, y en general una recomposición del papel de la mujer dentro de la sociedad, ante la cual las Guías de México no dejaron de ofrecer su tradicional imagen de recatadas y hacendosas niñas vendedoras de galletitas.

Alarmados, las directivas de ambas organizaciones se reunieron para acordar cómo resolver el problema que iba en aumento.

“Hasta donde me acuerdo —relata María Teresa de Sánchez Primo, comisionada nacional guía a mediados de esa década y actual directora ejecutiva—, en las juntas que teníamos con los scouts ellos nos pedían que absorbiéramos a todas esas unidades femeninas. El Comité midió las fuerzas y se negó a aceptarlas: no tenía los recursos para abarcar a todas las niñas, que eran un montón.”

Ante la disyuntiva, la directiva de la Asociación de Scouts de México no tuvo más remedio que integrarlas —la otra opción era correrlas, junto con los responsables de haberles permitido su ilegal permanencia—; tan impreparada se encontraba la Asociación para afrontar la situación, que apenas hasta principios de 1996 se establecieron los lineamientos para el clan de precursoras; aparte que desde 1991 se desechó el libro básico para el marco simbólico de las gacelas, *Relatos de foresta Andii*, de José Antonio Sagredo, sin que a la fecha se haya publicado sustituto alguno.*

Hasta hace poco se restableció el intercambio de ideas entre las dos asociaciones, enfocado principalmente a una puesta al día del programa.

“No tuvimos la sensibilidad de ver que las necesidades de las niñas de ahorita, no son las que tuvimos nosotras —dice Ma-

* La propia sección de gacelas, de paralela existencia a la manada de lobatos, terminó suprimiéndose para incorporar a sus integrantes en manadas mixtas. [Nota agregada por el autor en 2024.]

ría Esther Lemus, actual comisionada nacional guía, en un honesto e inusual ejercicio de autocrítica—. Yo creo que Guías no tuvo la conciencia de darse cuenta que el papel de la mujer estaba cambiando. Nos cerramos a ese cambio y nos dio en la torre.”

[*Sombrero de cuatro pedradas*, primera edición, 1998]

¿Transexuales en Brownsea?

No fue inocente la selección de integrantes del show principal de la inauguración del pasado Indaba en Meztitla, donde repitieron la misma representación que realizan de un tiempo a la fecha, con la participación del mismísimo Baden-Powell —caracterizado por Víctor Ortiz, dirigente de la Asociación—, acompañado el pasado fin de semana por los guías de las primeras patrullas conformadas en 1907, en la isla de Brownsea.

Nada inocente, porque contra lo que puedan alegar los talibanes de la historia del escultismo, quienes deben de clamar indignados la inexistencia de mujer alguna en el primer campamento scout de la historia, resultó un acierto integrar a dos muchachas para caracterizar a los guías de las patrullas Lobos y Toros que recorrieron el área de asta banderas del otrora campo escuela scout de Tepoztlán. La idea, cabe aclarar, no es nueva: también se utilizó al menos durante el Indaba de 1987, donde Baden-Powell fue caracterizado, si la memoria no me traiciona, por un dirigente ya finado llamado Alberto Arpio Arriaga, mientras que en su séquito participó mi cuate Octavio Espinoza de los Monteros, desde hace algunos años radicado en Ensenada, seguramente seleccionado por su condición de güerito de rancho.

Un detalle sutil para recalcar la integración de géneros dentro del escultismo. Y no les sentaba mal el uniforme a los guías de los Toros y Lobos, por cierto.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, octubre 2021]

Infiltrados (a manera de colofón)



Diploma de participación
del Campamento Nacional Scout de Veracruz, 1982

Una anécdota final sobre la integración de las unidades femeninas a la Asociación de Scouts de México.

El Campamento Nacional Scout de 1982, celebrado en Veracruz, fue el primero en su tipo donde participaron muchachas —alrededor de 300, de unas cinco mil personas— que, al igual que los demás asistentes, realizaron las actividades programadas, incluida una espectacular pista comandos en las instalaciones de la Escuela Naval de Antón Lizardo, y una balseada por los sistemas de canales iniciada en la laguna de Mandinga, para desembocar en el Golfo de México.

Para acampar, las participantes del Nacional fueron concentradas en un subcampo especial, separado de los demás scouts —incluido quien esto escribe, entonces de 14 años de edad—, en unos potreros que rezumaban agua salobre al subir la marea en la costa, ubicada a kilómetros de distancia. Estaba cercado con alambre de púas y disponía de una zona de acceso vigilada por los clánicos del grupo 107 de la pro-

vincia Iztacalco, entre ellos Mario Mancilla, luego convertido en mi cuate, quien años después me refiriera con sorpresa cómo, una vez al caer la noche, atajó la entrada de dos scouts disfrazados con pelucas dispuestos a infiltrarse al subcampo femenino.

La curiosidad por conocer a las nuevas integrantes de la Asociación, quiero suponer, a cuatro décadas de distancia.

[“Sombrero de Cuatro Pedradas”,
página de Facebook, marzo 2021]

Contenido

Llamada de reunión	
<i>Arturo Reyes Fragoso</i>	5
Declaratoria de principios	7
Ficciones.....	9
Personalidades.....	19
Testimonios	33
Remembranzas y reflexiones	53
Infiltrados (a manera de colofón)	69

La presente obra se liberó en la red durante abril de 2024.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

SEGUNDA TEMPORADA

11. Manual del “Pie Tierno” (3ª Clase),
Búho Blanco y Mowgli
12. Carta de Meztitla, Héctor Guisa (selección)
13. Los días de Paxtu. Crónica de la muerte
de Baden-Powell, Glenn Gardner
14. Algo de mí mismo, Rudyard Kipling
(selección de Luis Bernardo Pérez)
15. El uniforme scout, César Macazaga Ordoño
16. La Jamboree de Holanda. Memorias
de Vogelenzang, 1937, Alejandro J. Zarzar Sabag
17. Antología mínima del Boletín Tlatoani 1,
Ignacio González Siller (selección)
18. Falda con charreteras. Aproximaciones
al escultismo mexicano en femenino,
Arturo Reyes Fragoso
19. 40 años de escultismo en Monterrey,
Enrique Lobo Quiroga
20. Rock con pañoleta. Letras del grupo Nudo,
Eduardo Sáenz Pablos



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx